

372.412

Mes

L

ESCUELAS PUBLICAS DE CUBA

Libro Segundo de Lectura

Por el
Dr. José M. Mestre Llano

OBRA DE TEXTO

Aprobada por la Junta de Superintendentes de Escuelas de Cuba
el 7 de agosto de 1934.

1934

IMP. P. FERNANDEZ Y CA., S. EN C.
PI Y MARGALL No. 17
LA HABANA

112

Libro Segundo de Lectura

Por el
Dr. José M. Mestre Llano

OBRA DE TEXTO

Aprobada por la Junta de Superintendentes de Escuelas de Cuba
el 7 de agosto de 1934.



1934

IMP. P. FERNANDEZ Y CA., S. EN C.

PI Y MARGALL No. 17

LA HABANA



OK

20520188

445449

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

372.412

Mes

L

Ej. 2

INTRODUCCION

Los métodos de la Escuela Nueva de Decroly, Kerchensteiner, Dewey y otros notables pedagogos, han derribado los anacrónicos principios que imperaban con mano férrea en la enseñanza de nuestras escuelas.

Respondiendo al ideal pedagógico que busca la felicidad infantil como punto básico de la enseñanza, he redactado este LIBRO SEGUNDO DE LECTURA, motivando el desarrollo de sus lecciones en las actividades del niño y en su medio habitual de vida para despertar el interés y atraer la atención, aspecto fundamental de la autoeducación, que debe iniciarse en los primeros momentos de la vida escolar.

No pretendo escribir una obra pedagógica, porque es trabajo propio de larga experiencia en las aulas: mi libro, sencillo y modesto, es un amigo que llega a los niños para hacerles más grata la vida escolar.

EL AUTOR.

Indice

	<u>Páginas</u>
I Abel y la luna.	7
II El perro y el loro.	8
III La casita.	9
IV El juego.	11
V Los niños.	12
VI La vaca de la finca.	13
VII La abeja (fábula).	15
VIII La niña viva.	16
IX El coco.	17
X El santo de Sofía.	18
XI Los niños en la laguna.	20
XII Aguedita, Guillermo y Miguel.	21
XIII ¡A las aulas!.	22
XIV Los juguetes.	24
XV Un paseo en yate.	26
XVI Los exámenes.	27
XVII Un día de campo.	28
XVIII La gallinita ciega.	30
XIX La conversación.	32
XX El paseo por la costa.	34
XXI La jura de la bandera.	36
XXII El comienzo de las clases.	37
XXIII El 10 de Octubre.	40
XXIV El maestro.	43
XXV La escuela.	45
XXVI En la casa.	48
XXVII Los muebles.	50
XXVIII La familia.	52
XXIX El niño desobediente.	54
XXX El templo.	56
XXXI El muchacho y el cristal.	59
XXXII La vaca.	60
XXXIII El policía.	63
XXXIV Los juegos.	66
XXXV El 27 de Noviembre.	69
XXXVI El viento.	72
XXXVII Las flores.	74
XXXVIII El perro.	77
XXXIX El asno y el perro (fábula).	80
XL El bombero.	82
XLI La lluvia.	84
XLII El potro criollo.	87
XLIII El 7 de Diciembre.	88
XLIV Los gatos.	90

	<u>Páginas</u>
XLV El colmenar.	92
XLVI La colmena (fábula).	95
XLVII La palma.	96
XLVIII El caballo.	99
XLIX El mar.	101
L La ola y la roca.	103
LI La tierra, el arado y el hombre	104
LII El bosque.	107
LIII Las moscas.	110
LIV La caza.	112
LV Bandera mía.	116
LVI El 24 de Febrero.	117
LVII Los peces.	120
LVIII La pesca.	123
LIX El pescador y el pececillo (fábula).	125
LX El gavilán.	127
LXI La playa.	130
LXII La siembra.	133
LXIII El puesto de frutas.	134
LXIV Las mentiras de Pedrito.	136
LXV El plátano.	138
LXVI Las mariposas.	141
LXVII Los pececitos.	144
LXVIII El valle.	145
LXIX El maíz	148
LXX El río.	152
LXXI La zafra.	155
LXXII Las hormigas.	156
LXXIII El cerdo.	159
LXXIV El jabalí y el toro (fábula).	162
LXXV La laguna.	164
LXXVI El gallinero.	167
LXXVII Los pollitos.	169
LXXVIII La fiesta del árbol.	170
LXXIX Las esponjas.	173
LXXX La ciudad.	176
LXXXI La jicotea y el aura (fábula).	178
LXXXII Los oficios.	180
LXXXIII El albañil.	183
LXXXIV El taller.	184
LXXXV El premio a los niños aplicados.	186
LXXXVI El muchacho y el manzano (fábula).	190
LXXXVII A mi bandera.	191
LXXXVIII El 20 de Mayo.	192
LXXXIX Un cubanita valiente.	195
XC Las vacaciones.	201



Lección I

ABEL Y LA LUNA

Abel es un niño.

Abel quiere la luna.

La luna es bonita.

Abel sube la loma.

La loma es alta.

Abel se cae de la loma.

Abel no pudo coger la luna.

pelota pincel mármol

paloma panal falda



Lección II

EL PERRO Y EL LORO

Rosa tiene un loro.

El loro es rojo y verde.

María tiene un perro.

El perro es blanco y negro.

El loro vuela y el perro corre.

El perro ladra al loro.

Rosa llama al loro.

María sujeta al perro.

pera

comer

cordel

rama

cortar

jarro



Lección III

LA CASITA

Lola, Raúl y Mario fabrican una casita.

—Lola quiere la casita de mármol—dice Mario.

—El mármol es muy caro, Lola, la haremos de ladrillos—responde Raúl.

—Ya tenemos los ladrillos y la cal—agrega Mario.

Si no hay mármol, háganla de ladrillos—dice Lola.

—Yo preparo la mezcla—dice Mario.—Dame la pala, Lola.

—Yo llevo la mezcla en el jarro — agrega Lola, después de alcanzar la pala a Mario.

—Yo coloco los ladrillos para levantar la casa. Dame el cordel y el nivel, Lola—dice Raúl.

Mario prepara la mezcla, Lola la lleva a Raúl y éste forma la casita.

—¡Mario, Mario, la casa es muy chiquita!—grita Lola.

—Se la daremos al perro—responde Mario.

—¡Eso es! ¡Eso es!—dice Raúl.

—¡Qué bonita quedó la casita!—exclama Lola.



Lección IV

EL JUEGO

Benito y Vicente juegan a la pelota.

Benito tiene un bate.

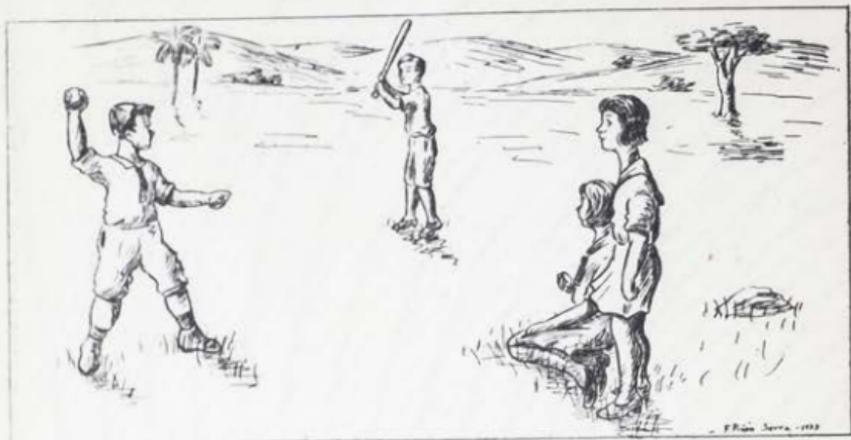
Vicente tiene una pelota nueva.

Vicente tira la bola.

Benito le da con el bate.

Benito llega a la base.

boca	vela	caballo
rabo	nave	vaca



Lección V

LOS NIÑOS

Pepe y Tomás juegan a la pelota.

Adela y Diana los miran jugar.

Tomás se lastimó un dedo.

Adela pide la pelota.

Tomás se la da y Adela tira la pelota.

Pepe la va a buscar.

Pepe y Tomás continúan el juego.

dedo

pipa

tilo

nudo

ropa

nata



Lección VI

LA VACA DE LA FINCA

Los niños están sentados en un banco y miran ordeñar una vaca.

La ropa del lechero es blanca.

—Dame leche, papá—pide la niña.

—Toma un pomo con leche—dice el papá.

Pepe coge el pomo y sirve leche en un vaso.

Le da el vaso con leche a la niña.

—¡Qué pura es la leche de vaca!—exclama la niña.

Pepe se lleva el pomo con leche a la boca.

—¡No, Pepe, toma el vaso!—grita la niña.

—El vaso está sucio—responde Pepe.

—Ya lo lavé—dice la niña.

Pepe bebe la leche en el pomo.

La niña se pone brava.

—¡Yo quiero más leche!—grita la niña.

El papá le da otro pomo con leche. La niña bebe la leche en el vaso.

—¡Qué leche más rica!—exclama la niña.

—La nata es más sabrosa—responde Pepe.

—Me gusta la nata, pero mejor tomo la leche— dice la niña.



Lección VII

LA ABEJA

(Fábula)

Maligna una abejilla
me pica, y recelosa,
temiendo mi venganza
quiere escapar al prado.
De la ardiente mejilla
mi mano presurosa
a separar alcanza
el dardo emponzoñado.
Vuelvo el semblante airado,
buscando a la iracunda,
y la encuentro a mis plantas moribunda.

Aurelia Castillo de González.



Lección VIII

LA NIÑA VIVA

Sara, Zoila y César son hermanos.

Sara tiró un zapato en el pozo.

El zapato es de Zoila.

Zoila llora por su zapato.

César hace de buzo.

Sara se ríe de Zoila.

César sacó el zapato del pozo.

seda

mozo

ceja

sala

zanco

cinta



Lección IX

EL COCO

Celso es hermano de Carlos.

Celso abre un coco.

Carlos le da una copa con agua de coco.

Celso toma primero y Carlos se come el coco.

La mamá de Celso y Carlos hace dulce de coco para la comida.

A Celso y a Carlos les gusta comer dulce de coco.

ceja

dulce

cuna

doce

café

copa



Lección X

EL SANTO DE SOFIA

—Sofía, vamos a coger rosas.

—Sí, Zoila. Yo quiero doce rosas para mamá.

—Hoy es tu santo, Sofía. ¿Qué te regaló tu mamá?

—Mamá me regaló un vestido de seda y un par de zapatos azules.

—Entonces yo te regalo mi cinta azul. Tómala — dice Zoila.

Gracias, Zoila, se lo diré a mamá. Ve luego por casa a comer dulces. Papá me los envió con el mozo de la finca.

—¿No te regaló ningún juguete tu papá?

—Ofreció llevarme al bazar para comprar juguetes, y escogeré una muñeca vestida de azul y con el pelo rizado.

—¿Dónde dormirá tu muñeca, Sofía?

—En una cunita que papá me comprará.

—¡Qué buenos son tus papás — exclama Zoila.

—Mis papás me quieren mucho—responde Sofía.



Lección XI

LOS NIÑOS EN LA LAGUNA

Gonzalo, Jorge y José son amigos.

Ellos juegan en la laguna.

Jorge sale del agua.

—¡Un jubo! ¡Un jubo!—grita.

Gonzalo y José dejan el juego.

Gonzalo tiene miedo.

—No es un jubo, es un majá—dice José.

Los niños corren asustados a sus casas.

goma

gallo

mujer

pulga

jabón

lengua



Lección XII

AGUEDITA, GUILLERMO Y MIGUEL

Los niños están en Camagüey.

Aguedita toca una guitarra.

Guillermo y Miguel juegan a la guerra.

Miguel le tira una güira a Guillermo.

—¡Cuidado con la bomba, Guillermo!

Guillermo cogió la güira y la partió con su machete.

—No hagan ruido, que no puedo tocar la guitarra—dice Aguedita.

güín

águila

jagüey

aguijón

paragüero

juguete



Lección XIII

¡A LAS AULAS!

Ya de las aulas
las anchas puertas
están abiertas
de par en par,
y del sol de oro
los rayos puros
vienen sus muros
a iluminar.

¡A ellas entremos!
¡Recomencemos
la interrumpida

labor de ayer!
La hora perdida,
perdida rueda
¡Y aún mucho queda
por aprender!

Dulce Ma. Borrero.



Lección XIV

LOS JUGUETES

—Hoy me trajeron unos juguetes — dice Julio.

—¿Qué juguetes son?—preguntó Miguel.

—Una guitarra y un par de maracas.

—¿Qué son las maracas, Julio?

—Son dos güiras huecas, con muchas piedrecitas dentro. Las piedras hacen ¡quichín, quichín! cuando las muevo. ¿No las oyes?

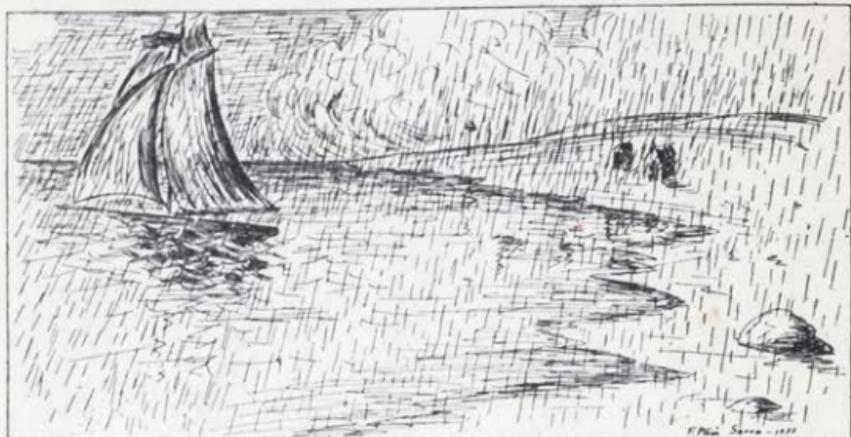
—Sí, dámelas para tocar, Julio. ¡Qué bonitas son estas güiras!

—Ya no se llaman güiras, Miguel, ahora se llaman maracas.

—¿Dónde las hacen?

—Papá me dijo que las había hecho en Güines mi tío Guillermo.

—¡Qué bueno es tu tío Guillermo! Me gusta mucho el ¡quichín, quichín, chin, chin! de las maracas.



Lección XV

UN PASEO EN YATE

Los niños van de paseo en un yate.
Llegan a la orilla de la playa.
No pueden jugar en la arena porque está
lloviendo.

Se quedan en el yate.

El yate regresa y los niños van callados,
porque no pudieron jugar en la playa.

Ya no volverán a la playa hasta pasado
mañana, si no llueve.

llave

sillas

bueyes

collar

yuca

yeso



Lección XVI

LOS EXAMENES

Hoy son los exámenes.

Sixto se está examinando.

El maestro le dió un texto.

Sixto lee y explica la lección.

Su examen ha sido un éxito.

Sixto pasa al sexto grado.

Sixto y Calixto celebran su triunfo en los exámenes, jugando a la pelota.

sexo

exacto

expreso

explotar

saxofón

excursión



Lección XVII

UN DIA DE CAMPO

—Levántate, Luis, se hace tarde.

—¿Qué hora es, Fernando?

—Las ocho, y a las nueve sale el expreso.

—No me acordaba que papá nos llevará hoy de excursión a su finca.

—¡Papá, papá! Estamos listos ¡Vamos!

—¡Qué ganas tengo de llegar, Fernando!

—¡Vamos, muchachos, ya llegamos!—exclama el papá.

Montan en los caballos que esperan en la estación y llegan a la finca.

—Mira, Fernando, hoy no podemos correr los caballos por la llanura—dice Luis—porque la han sembrado.

—¿Qué es lo sembrado, papá?

—Lo sembrado es yuca, y en lo que están arando, sembrarán papas.

—¡Qué bien rompe la tierra el arado!

—¿Es esa tu yunta, papá?

—Sí, esos son mis bueyes. El bermejo es de ley y nunca se cansa.

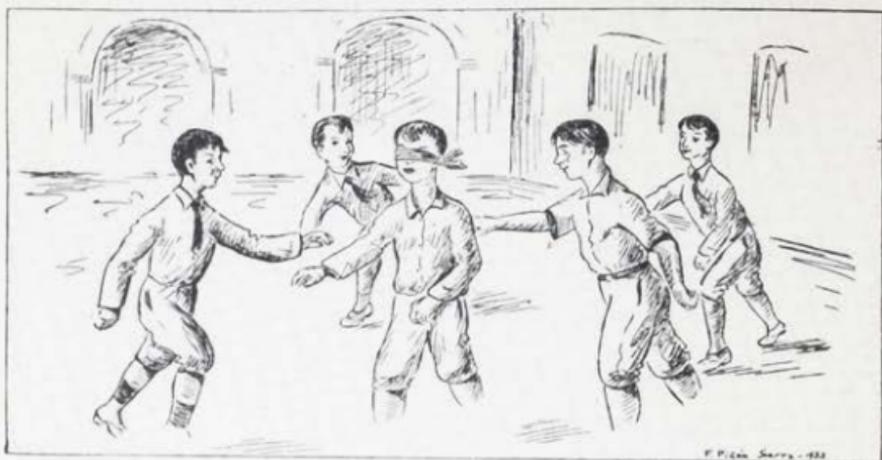
—Luis, cojamos frutas—dice Fernando.

—Sí, sí. Vamos a comer frutas.

Los niños cogen mameyes y zapotes en la arboleda de la finca.

Luis y Fernando llaman a su papá y meriendan juntos.

—¡Qué sabrosas son estas frutas!—exclama Fernando.



Lección XVIII

LA GALLINITA CIEGA

—¡Vamos a jugar, Leopoldo!— exclama Fernando.

—¡A la gallina ciega!—grita Leopoldo.

—¡Qué bueno! ¡Vengan, vengan todos!— llama Fernando.

—¡Yo seré la gallinita! ¡Pónme el pañuelo, Tomás!—dice Luis.

—¡Corran, que viene la gallinita!

—¡Te toqué! ¡Te toqué!

—¡No me tocaste! ¡No! ¡No!

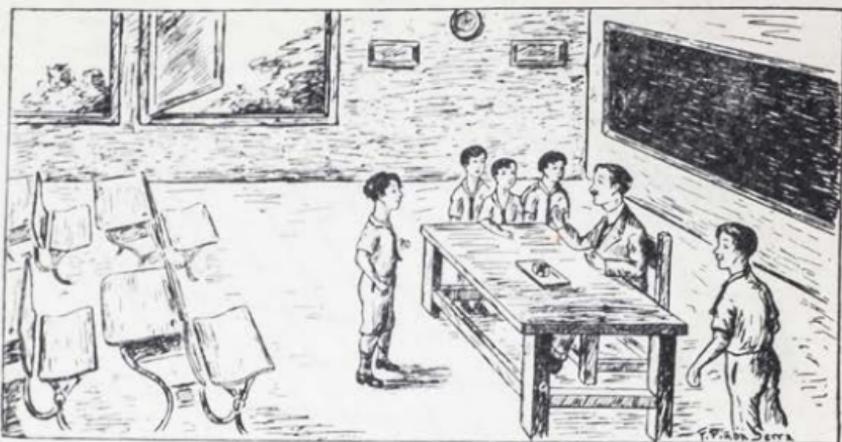
—¡Por poco lo agarra!

—¡Se le fué!

—¡Lo coge! ¡Lo agarra!

—¡Lo agarró! ¡Lo cogió!

—¡Ahora eres tú, Fernando!



Lección XIX

LA CONVERSACION

—Dime, Jorge, ¿qué hiciste en las vacaciones?—pregunta el maestro.

—Las pasé en el campo, en casa de mis primos.

—¿Estudiaste mucho?

—Sí, señor, por las mañanas dedicábamos dos horas al estudio.

—Y tú, Miguel, ¿estudiaste en las vacaciones?

—Yo nunca olvido sus consejos.

—¿Fuiste al campo?

—No, señor, me quedé en la ciudad.

—¿Qué hiciste durante las vacaciones?

Ya se lo dije, señor. Estudié, jugué y, cuantas veces pude, fui al cine. ¿No es verdad, Fernando?

—Sí, señor. Miguel y yo andábamos siempre juntos. Yo hice lo mismo que él.

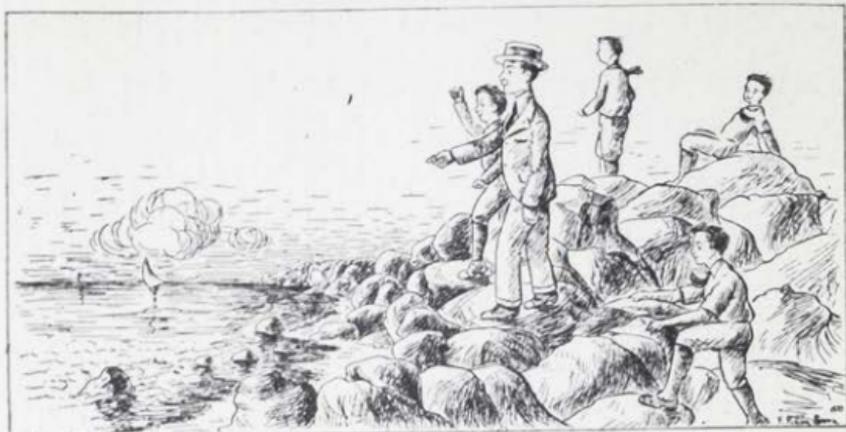
—¿Hiciste muchas cosas en la carpintería, Manuel?

—Algo, señor. Ayudé mucho a papá. ¡Trabaja tanto y gana tan poco!

—¿Ya sabes hacer uso de las herramientas?

—No mucho, pero siempre se aprende.

—Bien, vayan a sus puestos que ya es hora de comenzar el trabajo. ¿Quién trajo los cuadernos?



Lección XX

EL PASEO POR LA COSTA

—¿Qué agujeros son estos, señor?

—Son unas pocetas donde antes se bañaban las personas.

—¡Ay! ¡Qué golpe me he dado en el pie!

—¿Qué terreno tan escarpado! ¡Cuántas rocas!

—¿Qué pez es ese, señor?

—¿Cuál? No lo ví, Leopoldo.

—¡Qué bien nadan los peces!

—¡Un tiburón! ¡Un tiburón!

—¿Dónde?

—¡Hacia allá! ¿No lo ven? ¡Miren la aleta!
¡Aquello negro que sobresale del agua!

—¡Huye, Fernando!

—¿Por qué he de huir?

—¡Huye, huye, que te moja!

—¡Me mojó! ¡Ahora sí que estoy completo!

—¡Qué bien navega aquel barquito!

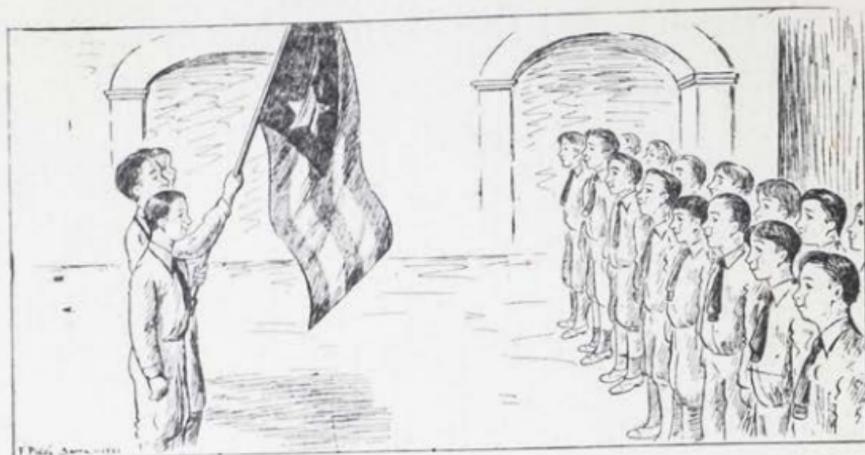
—¡Y aquél! ¿No lo ven? ¡Allá en la línea
del horizonte!

—¡Sí, sí, ya lo veo!

—¡Cuántos golpes se reciben caminando
por las rocas!

—¡Qué bonito luce el mar!

—¡Al fin nos vamos! ¡Cuántas ganas tenía
de salir!



LECCION XXI

LA JURA DE LA BANDERA

Yo esta Bandera juro
con todo mi corazón;
no consentiré en ella
ni sombras ni baldón.
¡Qué se alce entre esplendores
de una estrella de paz!
¡Cubanos! de ella en torno
estemos como un haz.
¡Nazcan flores divinas
en nuestro corazón,
y sobre ellas alcemos
glorioso pabellón!

Aurelia Castillo de González.



Lección XXII

EL COMIENZO DE LAS CLASES

—¡Mamá! ¡Mamá! Dame la ropa que hoy comienzan las clases y deseo llegar temprano a la escuela.

—¡Qué bien te queda el uniforme! ¡Cuidalo bien!—le dice la mamá.

—Pronto, mamá, dame un beso.

Pepe se dirige a la escuela con paso apresurado.

—Buenos días, señor maestro.

—Buenos días, amiguitos.

—¿Dónde me siento, señor?

—Donde quieras, Pepe—contesta el maestro.

—Ven, Pepe, siéntate a mi lado—dice Pablo.

—No, aquí—le indica Reinaldo.

Pepe se sienta junto a su primo Pablo.

—¿Tienes tus cuadernos, Pablo?

—Sí, ya los tengo y, además, una caja con lápices de colores que me regaló papá.

—¿Qué asignaturas tenemos este año?—pregunta Luis.

—No sé. Vamos a ver el horario.

—¡Mira! Aritmética. La asignatura que más me gusta—exclama Fernando.

—Tenemos Dibujo—dice Leopoldo.

—Y Lenguaje y Lectura—agrega Armando. A mí me gustan los Estudios de la Naturaleza—dice Pepe.

—¿Qué otras asignaturas tenemos?—pregunta Reinaldo.

—Moral, Agricultura, Trabajos Manuales y Escritura—responde Eloy.

—Faltan los ejercicios físicos—agrega Leopoldo.

—No me gusta ninguna de estas asignaturas. Las que me gustan son la Historia y la Geografía — dice Luis.

—Pero hay que estudiarlas — responde Reinaldo.

—Para que aprendas de todas — agrega Fernando.

—Yo voy a estudiar para aprender mucho— dice Pepe.

—¡Y yo!—exclama Leopoldo.

—Vamos, ya pueden sentarse—interrumpe el maestro.



Lección XXIII

EL 10 DE OCTUBRE

Son las ocho de la noche y el abuelo reúne a su alrededor a sus nietecitos.

—Un cuento, abuelito—pide Nydia.

—Un cuento no, abuelo. Refiere algo sobre el día de mañana—dice Noemí.

—¿Qué día es mañana?—pregunta el abuelo.

—Mañana es el 10 de Octubre, abuelo — responde Eulalia.

—Ya no me acordaba. ¡Je! ¡je! ¡jé! Ya no me acordaba.

—Empieza, abuelito, no te rías—le dice Noemí.

—Pues verán: el 10 de Octubre de 1868 fué el inicio de una larga guerra. Realmente fué la primera que los cubanos iniciaron contra España, que por esa época dominaba en la Isla.

Se le llama “El Grito de Yara”, por un pueblo cercano al lugar donde comenzó la lucha, llamado Yara.

Carlos Manuel de Céspedes fué el alma de aquella lucha. Abandonó su esposa, sus hijos y sus riquezas, y, al frente de treinta y cinco hombres mal armados, se lanzó a la guerra contra España.

—¡Qué valor, abuelito!—interrumpe Leida.

Carlos Manuel dió el grito de Independencia en su ingenio “La Demajagua”, que está en la provincia oriental, en la madrugada de ese día. Su primer acto fué declarar la libertad de los hombres negros que entonces eran esclavos.

Después de la toma de Bayamo, primer hecho de la guerra, lo incendió con el consentimiento de sus vecinos, antes de entregarlo al enemigo.

Esa guerra, en la cual presté mis primeros servicios,—continúa el abuelo—duró diez largos años, años de pruebas y sacrificios terribles.

Patriotas que combatieron en aquella guerra fueron Céspedes, Agramonte, Sanguily, Máximo Gómez, Calixto García, Maceo y otros muchos que no recuerdo y cuyos nombres verán ustedes en la Historia de Cuba.

Es día de fiesta nacional, como ustedes saben, queridos nietos, porque recuerda la primera lucha de los cubanos para conseguir la libertad. Mañana adornarán la casa con banderas cubanas para celebrar esa fecha gloriosa. ¿Les gustó mi narración?

—Sí, sí—dicen todos, menos Nydia que se quedó dormida.

—Bien, entonces a dormir, que son las nueve. Hasta mañana.



Lección XXIV

EL MAESTRO

Mi maestro es muy bueno—dice Reinaldo.

—Me quiere mucho, casi como me quiere papá—agrega Leopoldo.

—Nos quiere a todos por igual—responde Fernando.

—Que seamos buenos y estudiemos es su único deseo—dice Luis.

—Sí, el maestro es muy bueno. Nos tiene preparadas muchas excursiones y paseos, además de lo que enseñará durante el curso—dice Pepe.

—Es verdad. Ayer dijo que pensáramos en los lugares que más nos gustan para ir a ellos—agrega Francisco.

—Yo le diré que nos lleve al parque—dice Luis.

—Y yo que nos lleve a un ingenio para ver como se fabrica el azúcar—agrega Pepe.

—No, que nos lleve a una fábrica de chocolates y galleticas; así comeremos muchos dulces—dice Leopoldo.

—Yo prefiero ir a una imprenta para saber como se hacen los libros—dice Reinaldo.

—Pues a mí me gustaría ir de excursión al campo, porque, además de correr y jugar, comeríamos muchas frutas — agrega Eloy.

—Yo le pediré un paseo por la ciudad para conocer los lugares principales y los monumentos que hay en ella—dice Pablo.

—Por mi parte me conformaría con que algunos de esos paseos fueran al cine — dice Armando.

—Yo le indicaré al maestro que nos lleve al campo de aviación. ¡Me gustan tanto los aeroplanos!—exclama Fernando.

—Todos, todos serán complacidos—les dice el maestro interrumpiendo la conversación—pero ahora a trabajar.



Lección XXV

LA ESCUELA

Esta es mi escuela.

Mi escuela es muy bonita.

Yo cuido con mucho cariño el jardín de mi escuela.

Allí están mis primitos Pablo y Francisco jugando con sus amigos.

—Ven, Pepe. Ven para que juegues con nosotros — dice Leopoldo.

—Ya voy—respondo.

Llego al patio y empezamos el juego de caballos y caballeros. Leopoldo monta sobre

Fernando y pretende tumbarme, después que monto sobre Francisco.

—¡Túmbalo, Leopoldo!—grita Fernando.

—¡No me puede tumbar!—contesta Pepe.
¡Empuja, Pancho, que lo tiro al suelo!

—¡Quién va al suelo eres tú!—dice Leopoldo tumbando a Pepe.

—¡Ganamos! ¡Ganamos!—exclaman Leopoldo y Fernando.

—¡No me gusta este juego!—dice Francisco.

—¿A qué jugamos entonces?—pregunta Leopoldo.

—¿Trajiste las bolas?

—Sí, y tengo una bola de acero que siempre gana.

—¿Jugamos “al tirado”?

—Sí, me planto. Tira.

—Nosotros seguiremos jugando a los caballos y caballeros—dice Fernando.

—Voy a tirar, ¡y con la bola de acero! Verás.

—¡No le diste!

—Por poco le doy. Le pasé cerca.

—Ahora tiro yo. Y no tengo bola de acero.

—Entonces no le darás.

—¡Le dí! ¡Dame una! Me planto otra vez.

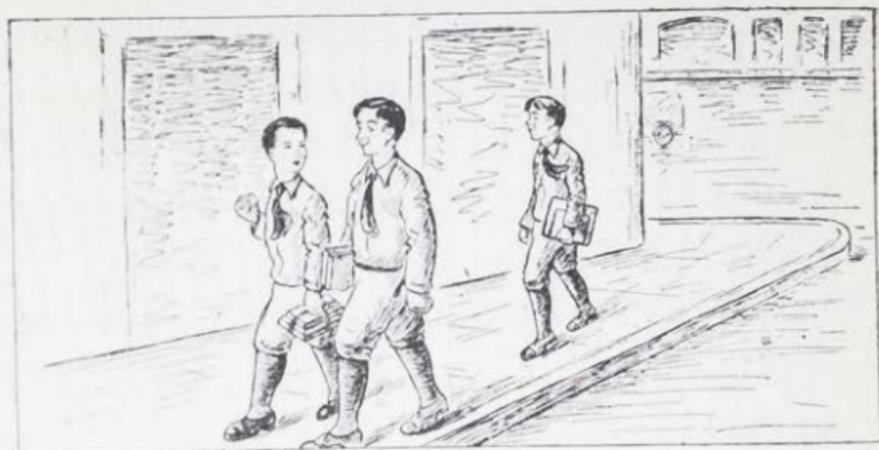
—¡A que ahora le doy!—dice Leopoldo.

—¡A que no le das!

—Apuesto cinco bolas a que le doy.

—Apostadas.

—¡Gané! ¡Ya ves, le dí! ¡Mi bola de acero siempre gana!



Lección XXVI

EN LA CASA

—¡Pepe! ¡Pepe! No te demores, que se hace tarde—dice Pablo.

Todos los días voy con Pablo y Francisco hasta mi casa y ellos siguen hasta la suya.

—¡Adios!—digo al llegar a mi casa.

—¡Hasta luego!—contestan Pablo y Francisco.

—Buenas tardes, papá y mamá. Dame un beso mamá, digo al llegar, y corro a quitarme el uniforme.

Durante el almuerzo, papá me pregunta lo que aprendí en la escuela y cuando terminamos me revisa los cuadernos. Papá se ocupa en que

aprenda mis lecciones para que sepa mucho. Su deseo es que me haga médico cuando sea grande.

Mi tío hace igual con Pablo y Francisco, pero piensa que se hagan abogados como él.

Cuando papá sale para la oficina, tomo mi bate y mi pelota para jugar con mis primos en el parque. Allí también estarán Luis, Fernando, Reinaldo y Leopoldo.

Juego hasta cansarme y cuando vuelvo, me baño, meriendo y más tarde me llaman a comer.

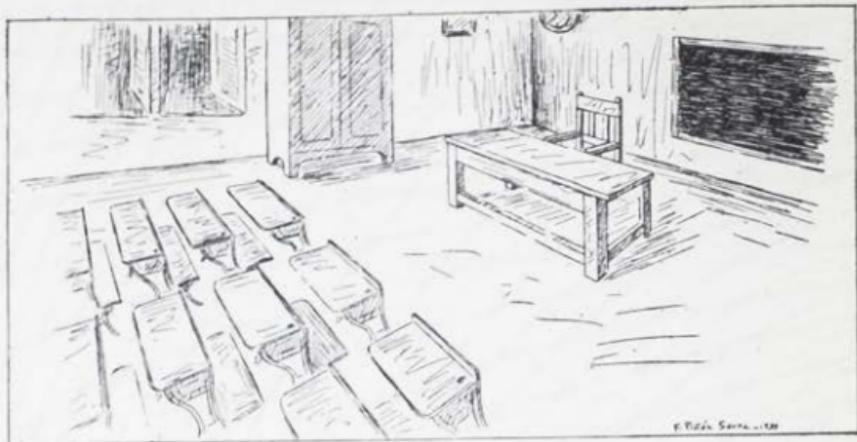
Papá siempre conversa en las comidas con nosotros y cuida mucho, junto con mamá, de la manera de sentarnos a la mesa y de la forma de usar los cubiertos.

Después que terminamos de comer, nos sentamos en la sala a oír el radio y a las ocho de la noche vamos a estudiar. A las nueve, después de estudiar una hora, nos vamos a dormir.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, papá.

—Hasta mañana, hijos.



Lección XXVII

LOS MUEBLES

—¿Qué muebles te gustan, Fernando?

—¿A cuáles te refieres, Luis?

—A todos los muebles, a los que hay en la escuela y a los de la casa.

—Me gustan todos, porque los de la escuela son útiles y los de la casa también, aunque los muebles de la casa son más bonitos.

—¿Recuerdas los muebles de la escuela?

—Sí, primero la mesa, después los pupitres y, por último, los armarios.

—¿No recuerdas ningún otro mueble?

—Esos son los muebles, porque los cuadros y adornos no lo son.

—No, me refiero a la vitrina donde se guardan los animales.

—Pero la vitrina no está en el aula, está en la Dirección de la escuela.

—Sigamos, ¿qué muebles te gustan de la casa?

—A mí, los del cuarto.

—¡Claro, si siempre estás acostado! Bueno, dime los muebles que lleva un cuarto.

—Pues la cama, que es lo principal, el escaparate, el velador, el sillón y la silla.

—Te falta uno.

—¿Cuál?

—La coqueta.

—No, la coqueta es un mueble de cuarto de mujer. Yo no quiero coqueta en mi cuarto.

—¿Y qué muebles conoces de la sala?

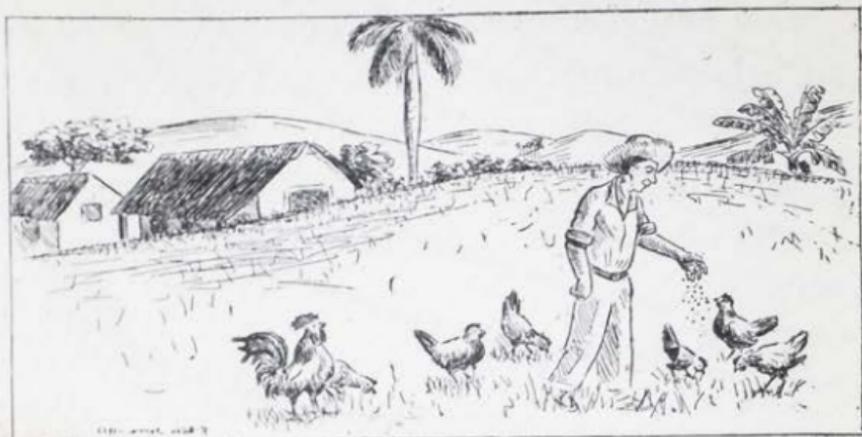
—Muchos, los sillones, las sillas, la mesita de centro y el espejo.

—Terminemos con los muebles del comedor. Dime los que conoces.

—La mesa, las sillas, el auxiliar, la vitrina, el aparador y la nevera.

—Ahora ya sé muchos nombres de muebles y que todos son útiles—dice Fernando.





Lección XXVIII

LA FAMILIA

—Hoy vamos todos de paseo a la finca de mi tío Ricardo. Allí jugaremos con nuestros primitos.

—¿Cómo se llaman tus primitos de la finca?

—El mayor se llama Francisco, le siguen Luisa, Margarita y Ana; después están Pablo, Noemí y Leida y la última, que se llama Mirta.

—¿Cómo se llama tu tía?

—Mi tía se llama Alicia.

—¿Van todos a la finca de tu tío?

—Sí, vamos todos con papá y mamá.

—¿Cuántos van en conjunto?

—Pues cuéntalos, que yo los iré nombrando. Papá, mamá, Silvia, María, Eloy, Nydia, Manolo, Eulalia y yo.

—En total, nueve. Seguro que alquilarán un automóvil. ¿Y tu abuelito no va?

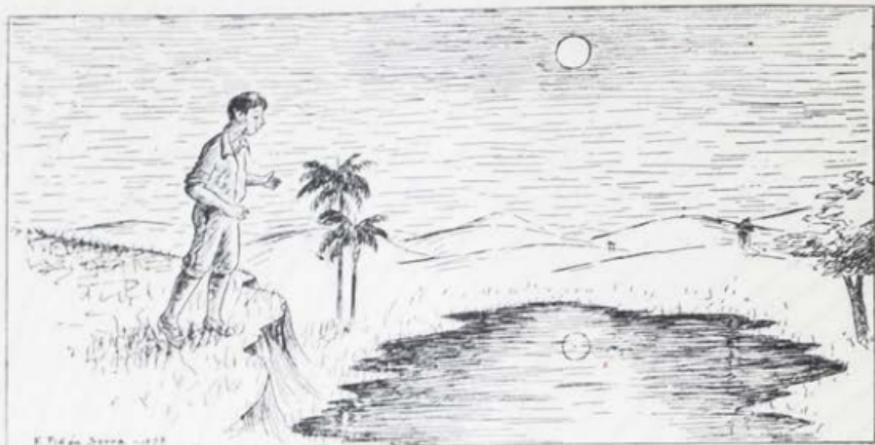
—Sí, también va.

—Entonces son diez, y, con diez que hay en la finca, formarán un batallón. ¿Piensas divertirte mucho en la finca?

—Eso pienso. Un día en el campo es muy divertido. Lo único que siento es que no vayan ustedes.

—No importa, otro día te acompañaremos.

—Es que me gustaría que fueses tú, Fernando, y Luis, Leopoldo, Reinaldo y Armando, para jugar a la pelota y saltar y correr por la finca.



Lección XXIX

EL NIÑO DESOBEDIENTE

—Fernando, ¿te enteraste lo que le sucedió a Manuel?—dice Leopoldo.

—No me he enterado. ¿Qué le sucedió?

—Que por poco se ahoga anoche por desobediente.

—¿Por qué? ¿Qué le pasó?

—¿Te fijaste anoche en la luna?

—Sí, estaba muy bonita.

—Pues Manuel la quería de todos modos y se la pidió a su mamá; pero como ésta no pudo dársela, primero empezó a gritar: ¡yo

quiero la luna! ¡yo quiero la luna!, y después salió corriendo a buscarla.

Su mamá lo llamó; pero él no le hizo caso y continuó su camino y, al pasar por la laguna que está detrás de su casa, vió la luna reflejada en el agua y, sin pensarlo, se lanzó a cogerla.

—Pero si él no sabe nadar, Leopoldo, ¿cómo se tiró en la laguna?

—Porque no se dió cuenta. Iba llorando y gritando ¡quiero la luna! y cuando la vió reflejada, parece que se dijo: ¡ya la tengo! y se tiró.

—¿Y cómo no se ahogó?

Porque cuando salía de la casa, su papá lo vió, fué detrás de él y en cuanto Manuel empezó a pedir auxilio, su papá lo salvó.

—Entonces pasaría el gran susto por querer coger la luna.

—Eso le sucedió por desobedecer a su mamá.

—Por eso los niños debemos ser obedientes.



Lección XXX

EL TEMPLETE

—¿Sabes la noticia, Pepe?

—No chico, lo ignoro todo, porque ahora mismo me he levantado de la cama.

—Hoy es el santo de la ciudad de la Habana.

—¡No juegues, Leopoldo! ¿Cómo una ciudad va a tener santo?

—Mira el almanaque. ¿Qué día es hoy?

—Según el almanaque estamos a 16 de noviembre.

—¿Qué santo marca para este día?

—San Cristóbal.

—Pues el verdadero nombre de la ciudad es “San Cristóbal de la Habana”.

—¡Qué bueno, vamos a felicitar a la ciudad! Señora ciudad, muchas felicidades y prosperidad le deseamos en este día!

—Pepe, no seas tan bromista y lee en los periódicos las noticias relacionadas con el día.

—Veamos lo que hay. Mira, aquí dice algo:

“San Cristóbal”

“Hoy celebra la ciudad de la Habana la festividad de su Patrón. Con tal motivo el Templete recibirá la visita de numerosos habaneros, que concurrirán como en años anteriores”.

—¡El Templete! ¿Qué es el Templete, Leopoldo?

—¿No lo sabes? Parece increíble. ¿No sabes lo que es el Templete?

—No, Leopoldo, no lo sé. Dímelo tú.

—El Templete... el Templete... pues tampoco sé lo que es el Templete.

—¡Ja, ja, ja,! ¡Qué simpático eres! ¡Tanta bulla y tampoco sabes nada!

—Yo no lo sé, pero papá sí que lo sabe.

¡Papá, papá, ven pronto!

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Pepe y yo no sabemos lo que es el Templete.

—Es verdad, señor Joaquín, explíquenos eso.

—Bueno, atiendan y no se pongan majaderos.

El Templete es un pequeño edificio situado frente a la Plaza de Carlos Manuel de Céspedes, antes llamada Plaza de Armas, que recuerda el lugar donde se dijo la primera misa al fundarse la ciudad de la Habana en ese sitio.

—¿Está muy lejos, papá?

—No, hijo; toma esta peseta y ve con tu amiguito. Cualquier tranvía u ómnibus que pase por la plaza de Carlos Manuel de Céspedes, los conducirá hasta el Templete. Cuando lleguen, fíjense sobre todo en los tres cuadros que hay allí.



Lección XXXI

EL MUCHACHO Y EL CRISTAL

(Fábula)

Cierto pillo callejero,
de cara desvergonzada,
rompió de una gran pedrada
un hermoso reverbero.
Mas no emprendió el majadero
bastante a tiempo la huída
y recibió grave herida
de puntiagudo cristal,
y es que casi siempre el mal
vuelve al punto de partida.

Aurelia Castillo de González.



Lección XXXII

LA VACA

—En la finca de mi tío Ricardo hay muchas vacas—dice Eloy.

—¿Dan mucha leche las vacas de tu tío?—pregunta Luis.

—¿Cómo no! Son vacas muy lecheras. La que más me gusta es Rosina, porque da muchos litros diarios.

—¿Es mansa Rosina, Eloy?

—Rosina no es capaz de hacerle daño a nadie. Nunca la he visto patear.

—Entonces, ¿se deja ordeñar?

—Sí, si le ponen el ternerito cerca, porque se entretiene pasándole la lengua.

—¿Cuántas vacas tiene tu tío?

—Tiene como veinte vacas; pero sólo unas pocas le dan leche.

—¿Qué hacen con la leche en la finca?

—Mi tío la vende en el pueblo; pero deja en la casa cierta cantidad para beber y hacer queso y mantequilla.

—¿También vende el queso y la mantequilla?

—No. Como es poco, él lo deja para el consumo de la casa. La mantequilla se usa con pan en el desayuno y en algunos dulces que hace mi tía Alicia, y el queso se usa como postre, después de las comidas.

—¿No hace dulces tu tía con la leche?

—Es rara la semana que no hace arroz con leche o dulce de leche.

—¿Te gustan esos dulces?

—A mí me gustan todos los dulces.

—¿Rosina te conoce cuando vas a la finca?

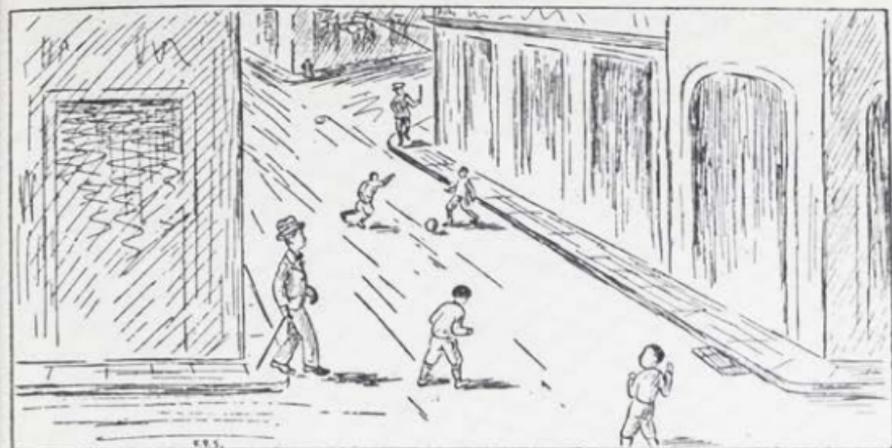
—Sí, porque yo voy todos los días a verla y me deja jugar con su ternerito.

—¿Qué nombre le has puesto al ternero?

—Le puse Valiente y me entiende muy bien cuando lo llamo.

—¿Nunca tienes miedo de que Rosina te lastime con los cuernos?

—No, ella es muy mansa.



Lección XXXIII

EL POLICIA

—¡Huyan! ¡Huyan! ¡Qué ahí viene el policía!—grita Armando a sus amiguitos, que con él juegan a la pelota en medio de la calle.

Corren hacia la esquina contraria y se encuentran con el maestro.

—¿Por qué corren, niños? No comprenden lo peligroso que es correr por la calle?—les dice el maestro, mientras se acerca el policía.

—Por.... por.... que vamos corriendo—responde Luis todo tembloroso y mirando de reojo al policía que llega.

—¡Adiós, señor!—dice Eloy empezando a caminar.

—Espera, Eloy, no te vayas que yo te acompaño—grita Fernando.

—¡Y yo!—dicen los otros tratando de irse.

—Esperen, no se vayan. Me doy cuenta del apuro en que ustedes están. No se vayan que yo los defenderé.

—Buenas tardes, señor. ¿Estos son sus alumnos?—pregunta el policía después de saludar.

—Sí, señor, todos son alumnos míos—contesta el maestro.

—Bien, señor, entonces le pido un favor: recomiende a sus alumnos que no jueguen en la calle, sino en el parque, porque a más del peligro a que se exponen, me perjudican y no me quedará más remedio que recogerlos. Hoy no lo hago porque sé que usted les explicará mis razones en la escuela.

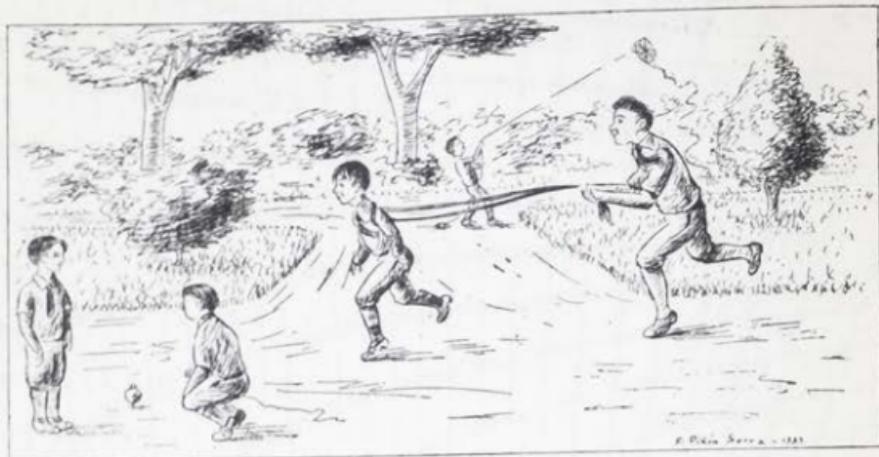
—¡En la escuela, no! ¡Aquí mismo! Esta es una gran oportunidad.

Mis queridos niños,—empieza el maestro —¿no comprenden Vds. el peligro en que po-

nen sus vidas jugando en la calle? ¿Y el daño que le ocasionan al señor policía, que es un buen amigo de ustedes? Lo distraen con sus juegos y no puede atender otros deberes importantes que tiene a su cargo.

El guarda el orden, cuida de nuestras casas para que los amigos de lo ajeno no penetren en ellas, presta auxilio al necesitado, conduce los heridos a los centros de socorro, evita que los automóviles corran veloces por las calles y los defiende a ustedes cuando alguien los molesta. El policía presta grandes servicios; no lo mortifiquen jugando en la calle, hijos míos, vayan al parque y allí podrán jugar sin peligros y sin molestar a las personas. ¡Vamos, vayan al parque y ¡a jugar!

—Gracias, señor—dicen los niños, que se van muy contentos.



Lección XXXIV

LOS JUEGOS

—¡Ya estamos en el parque infantil! — exclama Luis.

Pablo y Armando juegan a la pelota; Reinaldo desciende por la canal y detrás le sigue Pablo; Eloy rueda un aro; Fernando, Leopoldo y Pepe montan en un columpio, mientras Francisco corre con otros amiguitos.

—¡Pablo! ¡Reinaldo! ¡Leopoldo! ¡Vengan todos a jugar a la pelota! — grita Fernando.

—Yo tiro la pelota—dice Pepe.

—Yo voy al bate—agrega Fernando.

—Tú en la base, Leopoldo, que yo recibo la pelota detrás del bate—explica Pablo.

—¿Cuál es mi puesto?—pregunta Eloy.

—Detrás de Leopoldo—le indica Pepe.

Reinaldo, Armando y Luis esperan su turno al bate, mientras Pepe tira la pelota y Fernando le da con el bate.

Fernando corre a la base, pero Eloy coge la pelota y la tira a Leopoldo antes de que llegue Fernando.

—Es “out”, ¡fuera!—grita Pepe.

—Ahora voy yo al bate—dice Reinaldo.

Leopoldo devuelve la pelota a Pepe y éste la tira a Pablo.

Reinaldo batea y llega a la base antes que Pepe tire la pelota a Leopoldo.

Armando batea hacia Eloy, que no puede alcanzar la pelota, llegando Reinaldo a la base de Pablo y anotando una carrera.

—¡Ahí viene Armando!—grita Fernando.

—¡Corre! ¡Corre, Armando!

—¡Tira pronto!—dice Pablo.

Armando pisa la base antes de que Pablo reciba la pelota.

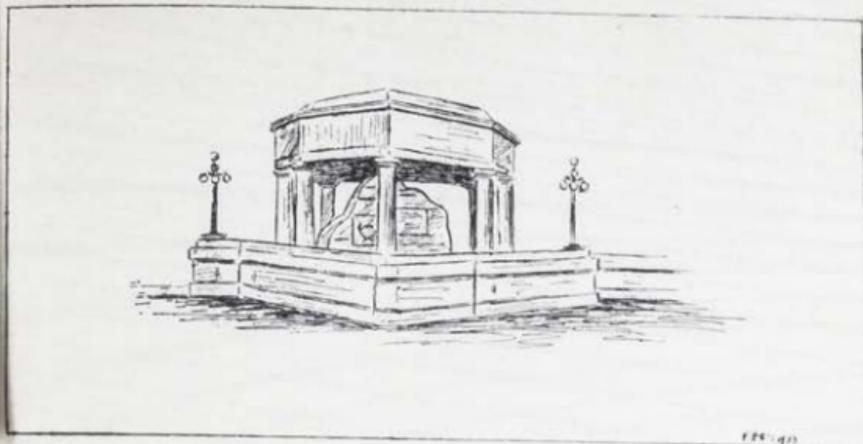
—¡Dos carreras!—exclaman los muchachos.
Luis va al bate y envía la pelota por el aire
hacia donde está Eloy.

—¡Dos “outs”!—dice Pepe.

Fernando vuelve al bate y le da hacia Pepe,
quien coge la pelota y lo toca.

—¡Tres “outs”!—grita Pepe.

Se acabó el juego.



Lección XXXV

EL 27 DE NOVIEMBRE

—Papá, ayer no pude ir a la escuela, porque estaba enfermo. El maestro habló del 27 de Noviembre. Yo quisiera que tú me contaras lo que sucedió ese día. Así, si el maestro me pregunta, podré contestarle—dice Pepe.

—Me agrada que quieras aprender, hijo mío. Siéntate y te contaré, aunque sencillamente, lo que sucedió ese día.

Fué en el año de 1871. Hacía tres años que los buenos cubanos habían comenzado una guerra por la libertad de Cuba. En las ciudades

se organizaron los voluntarios, que eran casi todos dependientes del comercio y defensores del gobierno de España.

Un día, por culpa de un hombre que dijo una gran mentira, detuvieron a muchos estudiantes de Medicina. Los voluntarios enseguida organizaron una parada y en ella pidieron la muerte de los muchachos, y te digo muchachos, porque eran muy contados los que pasaban de 20 años.

Durante la parada, los voluntarios iban haciendo libaciones continuas de alcohol, lo que, unido a la cobardía de los gobernantes, después de un proceso terrible y sin nombre, fueron condenados a muerte ocho de los estudiantes detenidos, sin que se oyeran las razones. Entre ellos, para hacer más horrible el crimen, le tocó por sorteo morir a un estudiante que el día de los hechos, por los cuales se les condenó, no estaba en la Habana y, por lo tanto, no había asistido a clases. A esos estudiantes de Medicina se les acusó de haber profanado la tumba de un español.

Los niños-hombres fueron fusilados en el histórico lugar conocido por la Punta, el día 27 de Noviembre de 1871.

Años después, por las gestiones encaminadas a demostrar su inocencia, hechas por uno de los acusados, que fué el Dr. Fermín Valdés Domínguez, España misma los declaró inocentes.



Lección XXXVI

EL VIENTO

—Tun, tun

—¿Quién es?

—No puedo
decir mi nombre ¡Abre!

—¿Quién eres que cubierto
vienes a visitarme?

—Tú me conoces mucho,
yo soy muy revoltoso

—Entonces es muy justo
que yo vea tú rostro.

—No puede ser, niño,
déjame entrar!

—No quiero,
que el desorden contigo
entrará en mi aposento.
—¿Cómo me has conocido? ¿Quién soy?
—Eres el viento.

Dulce Ma. Borrero.



Lección XXXVII

LAS FLORES

—Hoy es el santo de Nydia. ¿No vas a su casa, Leida?—dice Nora.

—Sí, Nora, ella me invitó.

—Entonces iremos juntas.

Llegan a casa de Nydia y la encuentran llena de amiguitos.

—¡Hola Nydia! ¡Que tengas un buen día!—dice Nora y le da un abrazo.

—¡Felicidades, Nydia!—agrega Leida, dándole la mano.

—Vengan conmigo al comedor, que por poco se quedan sin dulces. Han llegado tarde—dice Nydia.

—¿Ya rompieron la piñata?

—Sí. Armando, Luis y Anita, sin permiso de mamá, la rompieron. Son muy majaderos y desobedientes. ¡Y yo que quería que Vds. estuvieran en ese momento!

—No importa, Nydia, el año próximo vendremos más temprano—dice Leida.

—Eso es, seremos las primeras en llegar—agrega Nora.

—Vayamos al jardín a recoger flores—propone Nydia.

—¿Tienes permiso de tu mamá, Nydia?—pregunta Nora.

—Desde luego, sin permiso de mamá no las tocaría.

Nora recogió varios claveles y azucenas, Leida buscó jazmines y mariposas y Nydia hizo un hermoso ramillete. Llevaron a la mamá de Nydia todas estas flores y ella les dió, en cambio, muchos besos.

—Noto que falta una flor que me gusta mucho—dice la mamá de Nydia.

—¿Qué flor es, mamá?

—La violeta.

Las niñas fueron corriendo hasta el jardín y, después de buscar por todas partes, encontraron las violetas.

—¡Aquí tienes las violetas, mamá!—exclama Nydia llevando las manos llenas, junto con Nora y Leida.

—¡Qué trabajo costó encontrarlas!

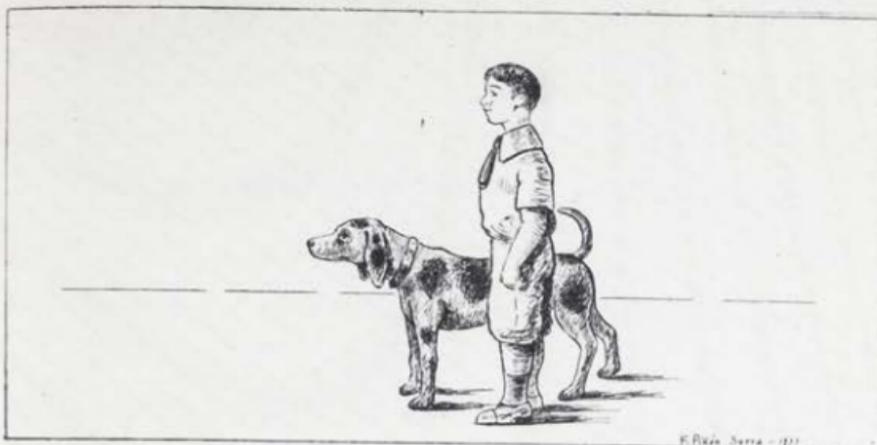
—Si no es por el perfume no las encontramos—agrega Nora.

—Como que estaban escondidas entre sus grandes hojas—explica Leida.

—¿No saben Vds. por qué se esconden las violetas?

—No, no lo sabemos.

—Pues porque son muy modestas y no les gusta que las miren. Así deben ser las niñas.



Lección XXXVIII

EL PERRO

—Carlos, ¿cómo se llama tu perro?

—Mi perro se llama Alí.

—¡Qué perro tan bonito! ¡Ese lunar que tiene sobre el ojo le hace muy simpático!

—Cuando llego de la escuela, Alí me ladra y mueve la cola con alegría.

—¿Le gusta jugar mucho a tu perro?

—Alí es un perro muy juguetón, siempre está haciendo travesuras. Yo lo quiero mucho, porque es muy inteligente y útil.

—¿Cuida bien la casa por la noche?

—Con él en la casa se puede dormir tranquilamente. Allí tiene fuertes patas y grandes colmillos.

—¿Conoces alguna historia sobre los perros, Carlos?

—Sí, conozco algunas. ¿Quieres que te las cuente?

—Bueno.

—¿Has oído hablar alguna vez de los perros de Terranova?

—No, nunca he oído hablar de esos perros.

—Los perros de Terranova son muy buenos nadadores. Hace algunos años, un niño estaba bañándose en una playa y empezó a pedir auxilio porque no tenía fuerzas para seguir nadando. Viéndolo en peligro de ahogarse, un perro de Terranova, que estaba cerca de la playa, rompió la correa que lo sujetaba y lo salvó. Los perros de Terranova son famosos y se les usa para salvar a las personas que se hallan en peligro de ahogarse.

—¿Son muy grandes los perros de Terranova?

—Naturalmente que sí; por eso pueden traer sujetas con su boca a las personas que salvan. Además, hay otros perros, llamados de San Bernardo, que prestan un servicio parecido.

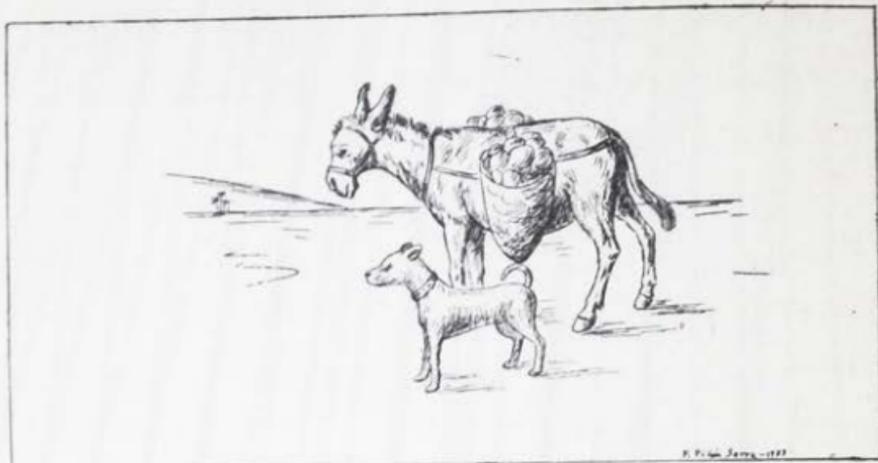
—¿También salvan a las personas?

Sí, pero no en el agua. Esos perros los utilizan en los lugares donde cae mucha nieve, por el peligro de perderse que tienen los viajeros.

Cuando los perros de San Bernardo encuentran a una persona desmayada en la nieve, a consecuencia del frío o de la fatiga, van a buscar el auxilio de otras personas y las llevan al sitio donde hallaron a la persona desmayada.

—¿Qué fieles amigos del hombre son los perros! Yo le voy a decir a papá que me consiga un perro para cuidarlo y quererlo mucho.

11



Lección XXXIX
EL ASNO Y EL PERRO

(Fábula)

Arreglo de Esopo.

Caminaba un perro en compañía de un asno cargado de comida. La larga marcha despertó el hambre, por lo que el asno se detuvo a comer las hierbas que crecían al borde del camino. Esto aumentó el apetito del perro, que le contemplaba envidioso, y, no pudiendo soportar más, le pidió un pedazo de la carne que llevaba entre la carga.

El asno le respondió que, si tenía hambre, buscarse como él la comida por el camino, pues no había carne que desperdiciar.

En esto divisaron a lo lejos un lobo que corría hacia ellos. Apenas lo vió el asno, se puso a temblar y le suplicó al perro que no se apartase de su lado y lo defendiese del lobo.

El perro espantó al lobo, a pesar de que el asno le había negado la carne.

Entonces el asno, arrepentido de su conducta, ofreció al perro cuanto deseaba y fué siempre su mejor amigo.



Lección XL

EL BOMBERO

¡Can, calán! ¡Can, calán! ¡Can, calán!

—¡Corre, corre, Tomás! ¡Corran todos, que ahí viene la bomba!

¡Can, calán, can, calán!

—¡Ya llegó la bomba, Tomás!

—¿Dónde es el fuego, Pepe?

—En el taller de mecánica. ¡Mira los bomberos que rápidos trabajan!

—¡Éstos ya han colocado las mangueras!— exclama Fernando.

—¡Y aquéllos la escalera!—dice Luis.

—¡Ya sube uno! ¡Míralo! ¡Ya está arriba!
—grita Leopoldo.

—Fíjense como los otros bomberos lo mojan con el agua de las mangueras, para que el agua lo proteja de las llamas—dice Luis.

—Ya se terminó el fuego—dice Leopoldo.

—Un señor dice que ha sido una alarma de incendio—explica Fernando.

Los bomberos recogen las mangueras con mucha rapidez, guardan las escaleras y se van.

¡Can, calán, calán! ¡Can, calán, calán!

—Continuemos nuestro juego—dice Tomás.

—Ya no tengo ganas de jugar a la pelota.

—¿A qué quieres jugar?

—Vamos a casa para jugar con las figuritas de mi álbum.

—Bueno, vamos a tu casa.

Se entretienen jugando con las figuritas, hasta que la mamá de Leopoldo los llama a mendar.



Lección XLI

LA LLUVIA

—Hoy no podemos jugar. ¡Mira como llueve, Luisa.

—Es verdad, Margarita, no podemos jugar en el jardín como todas las tardes.

—Después de todo es bueno que llueva a cada rato, aunque no podamos jugar.

—¿Por qué dices eso, Margarita?

—Porque la lluvia humedece la tierra y riega las plantas del jardín. Después las flores son más bonitas.

—Margarita, fíjate como cae la lluvia.

—Eso es lo que estoy mirando. Parece una cortina de hilos muy finos.

—¿Sabes cómo se forma la lluvia?

—Sí, es el agua desprendida, en forma de vapor, de los ríos, de las lagunas y de todos los lugares donde se deposita el agua.

—¿Conoces al encargado de evaporar el agua?

—El sol es el encargado de hacerlo. Juega sobre las aguas con sus calientes rayos, transformando el líquido en vapor.

—¿Hacia dónde se dirigen esas gotas de agua evaporadas por el sol?

—Hacia arriba, Luisa, como si fueran para el cielo.

—¿Qué sucede cuando se reúnen muchas gotitas en el espacio?

—Se van formando las nubes, hasta que parecen grandes pedazos de algodón.

—Las gotitas se convierten primero en vapor de agua, y suben; cuando llegan a cierta altura, el vapor se transforma de nuevo en gotitas de agua; pero no caen, porque pesan muy poco.

—Dime, ¿cuándo se deshacen las nubes en forma de lluvia?

—Cuando se amontonan muchas gotitas, pesan demasiado y caen.

—¿Recuerdas la época de las lluvias?

—Sí, hay una época en que llueve mucho y dura de mayo a octubre.

—¿Es peligrosa esa temporada de lluvias?

—Únicamente por los ciclones, que se forman casi siempre por el mes de octubre.

—¿Qué beneficios dan las lluvias, Margarita?

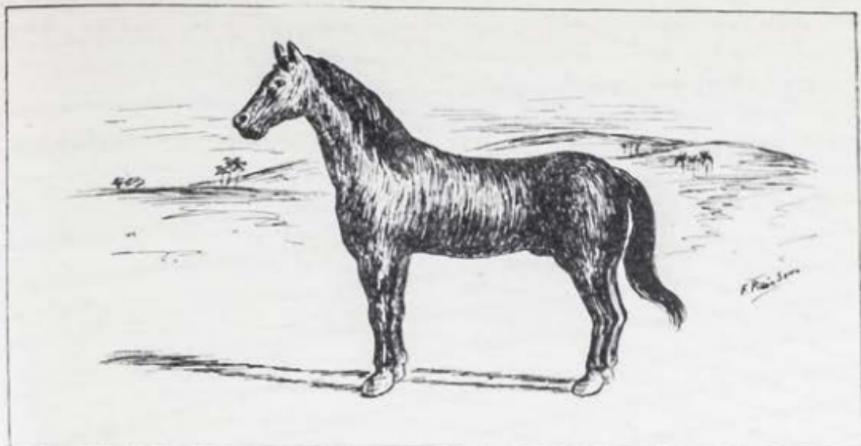
—Las lluvias riegan la tierra, haciendo que las plantas crezcan más lozanas.

—¿Por qué te gustan las nubes?

—Por las formas caprichosas que les da el viento cuando juega con ellas.

—Margarita, vamos a leer, ya que no podemos jugar en el jardín.

—Sí, Luisa, vamos a leer el libro que nos regaló papá.



Lección XLII
EL POTRO CRIOLLO

Con siete cuartas de alzada,
Finas cañas, crin luciente,
Su cabeza diminuta
Tiene un lucero en la frente.

Corre, corre,
Caballito,
Que tu freno
Libre está,
Y no hay otro
En el contorno
Que te siga
Más allá.

Heliodoro García Rojas.



Lección XLIII

EL 7 DE DICIEMBRE

—Vamos a jugar, Leopoldo.

—Hoy no debemos jugar, Luis. El maestro dijo ayer en el acto cívico que hoy los buenos cubanos están tristes y no deben divertirse.

—Sí, pero eso es con las personas mayores, Leopoldo. Nosotros somos niños y podemos jugar.

—Juega, Luis, pero no conmigo. Desde pequeños debemos aprender a sentir las penas de nuestra Patria. Fíjate que hoy no hay cines ni otras diversiones. Es duelo nacional, porque en un día como éste, en el año de 1896 cayó

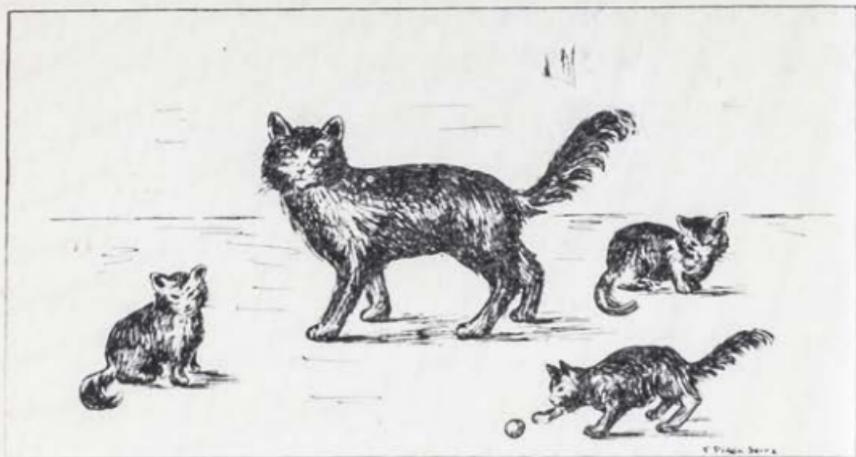
luchando frente al enemigo, el Titán de Bronce, el General Antonio Maceo y, junto a él, Panchito Gómez, el hijo del Generalísimo Máximo Gómez.

Recuerda que eso lo dijo el maestro ayer y que también se conmemora en esta fecha la muerte de todos los cubanos que dieron su vida por la independencia. Narciso López, Pintó, Agramonte, Zenea, Céspedes, Maceo, Martí, son nombres de patriotas que se recuerdan este día, y con ellos, miles más.

—Ahora sí comprendo por qué no debemos jugar, Leopoldo. Todos esos buenos patriotas dieron sus vidas para que nosotros disfrutemos y conservemos la libertad que ellos nos legaron. ¡Qué nunca olviden los cubanos los sinceros sacrificios de esos grandes luchadores!

Me voy, ya no tengo deseos de jugar. Me pasaré el día leyendo la Historia de Cuba. Adiós Leopoldo.

—Adiós, Luis. Hasta mañana.



Lección XLIV

LOS GATOS

—¿Cuántos gatitos tiene tu gata, Fernando?

—Duquesa tiene tres gatitos negros muy bonitos. Se pasan el día diciendo ¡míau! ¡míau! y Duquesa siempre los está lavando.

—¿Cómo lavando? ¿No dicen que los gatos le tienen miedo al agua?

—Pues sí, lavándolos; pero a su modo. Les pasa la lengua por el cuerpo para limpiarlos. El maestro ha dicho que la lengua de los gatos es áspera, y con ella Duquesa recoge las suciedades que tienen sus gatitos.

—¿Caza muchos ratones Duquesa?

—Duquesa es una gran cazadora de ratones. En casa no hay ratones desde que la trajeron.

—¿Duquesa se alimenta sólo de ratones?

—No, también come carne y bebe leche. La leche le gusta mucho.

—¿No te has fijado como sacan los gatos las uñas?

—Cuando piensan coger una cosa sacan las uñas, pero cuando caminan o están descansando las esconden.

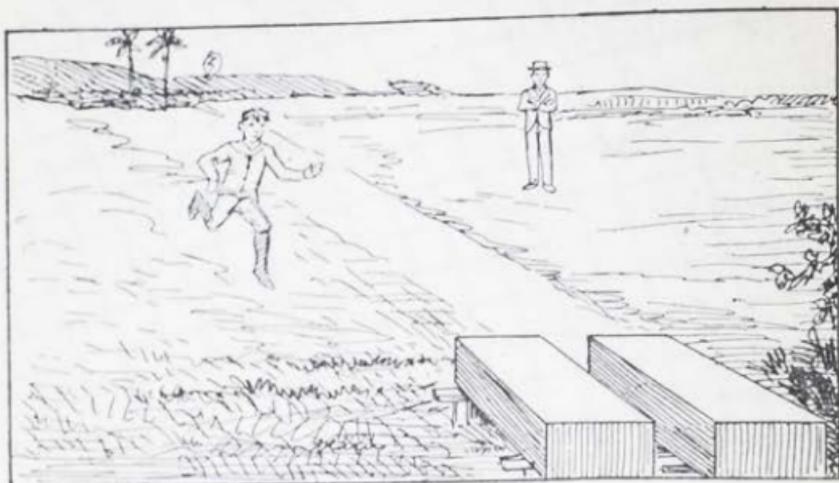
—¿Se llevan como buenos amigos Duquesa y el perro?

—Algunas veces comen y hasta juegan juntos, pero otras oyes un ¡grrrr! ¡uff! y miras, y ves a Duquesa hecha un arco, con los “pelos de punta” y dispuesta a defenderse, y al perro enseñándole los dientes.

—¿Se hacen daño?

—Casi nunca. Al poco rato son amigos otra vez.

—Ahora comprendo por qué cuando dos amigos se pelean constantemente dicen que son como el perro y el gato.



Lección XLV

EL COLMENAR

El papá de Luisito tiene un colmenar.

Luisito tiene ganas de ver un colmenar y su papá lo lleva de paseo.

—¡Cuántas casitas, papá! ¿Para qué son?
¿Ahí viven las abejas?

Y sin esperar las respuestas, Luisito corre hacia las casitas de las abejas.

—¡Cuidado, Luisito, hijo mío! ¡No toques las casitas!—le grita el padre.

Pero ya era tarde y Luisito, en su alegría, trató de meter el dedo por el agujero que sirve de puerta a una de las casitas.

—¡Ay! ¡Ay! ¡papá, qué pinchazo!—grita Luisito.

—¡Corre, hijo, ven pronto! ¿No oyes el zumbido?—le dice el padre.

¡Zzzmn! ¡Zzzmn!

—¡Ay, papaíto, me duele mucho!

—Vamos a casa para curarte. Te pondré yodo. Si hubiera hielo evitaríamos que se inflamase el dedo. Pero aguarda, abramos un tomate, que sirve también para el caso.

—¿Qué cosa me pinchó, papá?

—El aguijón de la abejita, que cuida la puerta.

—¿Por qué; si yo no le hice daño?

—No importa. A las abejitas no les gusta ser molestadas cuando están trabajando y para eso ponen una de centinela en la puerta.

—¡Mira!—dice el padre, señalando con el dedo una nube de insectos cerca de las casitas. Son las abejitas que salieron a enterarse de lo que ocurría. ¡Pobre de tí si te encuentran, hijo mío!

¡zzzzzmn! ¡zzzzzmn!

—¿Las oyes? Pues están irritadas porque las has molestado.

—¿Con qué producen ese ruido, papá?

—Moviendo muy rápidamente sus alas.

—¿Con qué dijiste que me hirió la abejita portera?

—Con el aguijón que tienen al final del abdomen. Ese aguijón es venenoso y produce la muerte en animales pequeños. En el hombre ocasiona un gran escozor, mucho dolor e inflamación.

—¿Por qué las tienes, si son tan malas?

—No son malas mientras no las molestan. Sin embargo, son muy trabajadoras y producen una miel muy rica.

—¿Mamá hace las melcochas con miel?

—Sí, con miel de este colmenar, precisamente.

—Bueno, papá, vámonos. Las abejitas serán muy buenas, pero yo no quiero nada con ellas.



Lección XLVI
LA COLMENA
(Fábula)

Por catar una colmena
cierto goloso ladrón,
del venenoso aguijón
tuvo que sufrir la pena.
La miel (dice) está muy buena,
es un bocado exquisito;
por el aguijón maldito
no volveré al colmenar.

.....
.....

Samaniego.



Lección XLVII

LA PALMA

—El papá de Miguel nos invitó a pasar el día en su finca. Hoy da un almuerzo a todos los vecinos que lo ayudan a techar el bohío destrozado por el viento en el mes pasado. Papá irá también.

—Entonces habrá lechón, ¿verdad, Pablo?

—Sí, y además frijoles negros, arroz blanco y plátanos verdes fritos.

—¿Los plátanos son de los que llaman “a puñetazos”?

—Iguales a los que hace mamá y que tanto nos gustan.

—Bien, entonces voy. No importa que tenga que trabajar. ¿A qué hora es la reunión?

—Hay que ir temprano, Francisco. Ya papá está preparando el caballo.

—¿Ya te vas papá?

—Sí, me voy a casa de Miguel a ayudarlo a techar el bohío.

—Nosotros vamos. ¿Nos dejas ir?

—Bueno, pero apúrense para que vayan conmigo.

—Ya estamos—dicen al poco rato Pablo y Francisco, y parten con su papá, al trote de los caballos, hacia la finca de Miguel.

Cuando llegan, encuentran varios guajiros que también vinieron a ayudar a Miguel a techar el bohío, y el papá de Miguel va hacia el palmar con un machete y una soga. Sube a varias palmas, con la ayuda de la soga, y corta con el machete los racimos de palmiche.

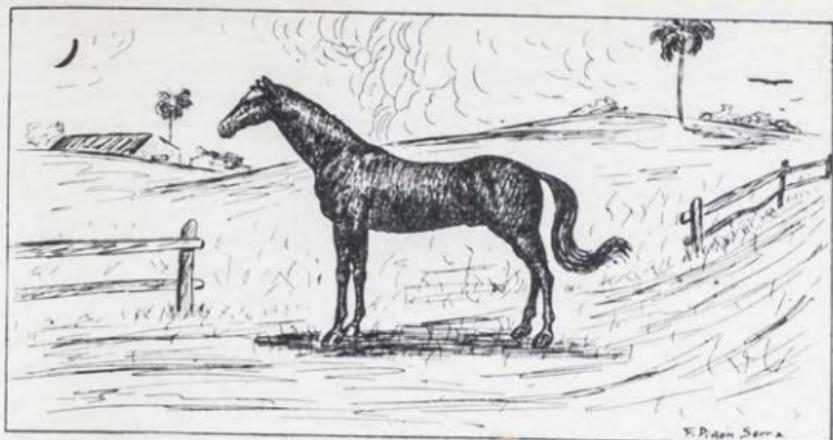
Al regresar con los racimos, nos dice que los llevemos al patio para dárselos luego a los cochinos.

—Bueno, compadres, vamos a empezar. Ahí detrás de la casa están las pencas—dice el papá de Miguel.

—A ver, muchachos, traigan las pencas. ¡A trabajar! — ordena el padre.

Pablo, Francisco, Miguel y Nora, la hermanita de Miguel, se encargan de ir alcanzando las pencas de palma con que están techando el bohío.

—La palma es muy útil. Además de embellecer los campos, da al campesino madera para entablar las casas, pencas para techarlas y palmiche para engordar los cochinos — dice el papá de Miguel.



Lección XLVIII

EL CABALLO

—Tomás, ¡si vieras el caballo que me regaló papá!

—¿Es muy bonito?

—Sí, es hermoso y muy inteligente.

—¿Qué nombre le pusiste?

—Diamante, porque es negro como el azabache y tiene un lucero en la frente.

—¿Dónde lo tienes?

—Papá lo envió a la finca, para cuando yo vaya en las vacaciones.

—¿Corre mucho Diamante, Pepe?

—¿Qué si corre? ¡Vuela, Reinaldo, vuela! Papá me ha dicho que cuando lo monte no use espuelas y no lo fatigue mucho.

—¿Lo montarás en pelo?

—No, porque me puedo caer. La montura y la brida son una seguridad para el jinete.

—¿Es bonita tu montura?

—Bonita y cómoda. En ella estoy seguro.

—¿No hay más caballos en la finca?

—Hay muchos caballos. Cada mozo tiene uno.

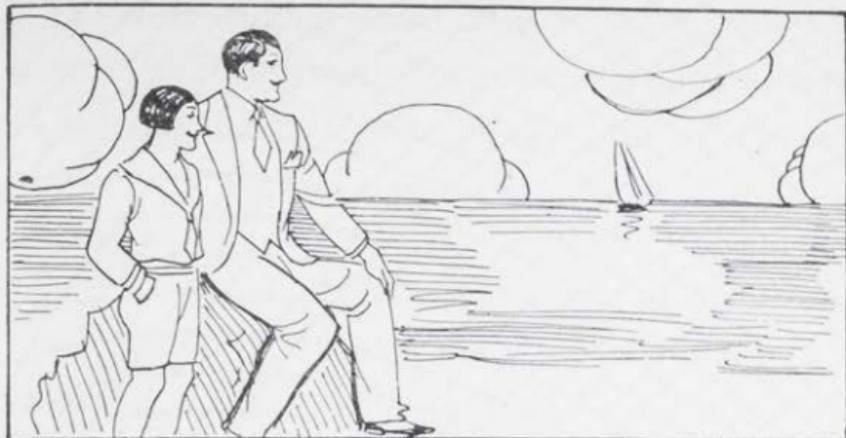
—¿Y tu papá no tiene caballo?

—Sí, también tiene un caballo; pero es muy grande.

—Entonces, si voy en las vacaciones contigo, ¿podré montar a caballo?

—El mío, cada vez que quieras y, además, el que te presten en la finca.

—¿Qué bueno será montar en tu caballo, Pepe!



Lección XLIX

EL MAR

—¡Qué tranquilo está el mar! ¡Qué hermoso y bello es! Quisiera ser marino para estar siempre en el mar.

—Como ves el mar ahora, es muy bonito, Eloy. Su tranquilidad, su color, que varía del azul intenso al verde mar, su aire puro, todo lo que el mar encierra, desde su fondo y sus peces hasta sus suaves ondas, es precioso; pero ¿has visto alguna vez el mar embravecido?

—No, papá, nunca lo he visto.

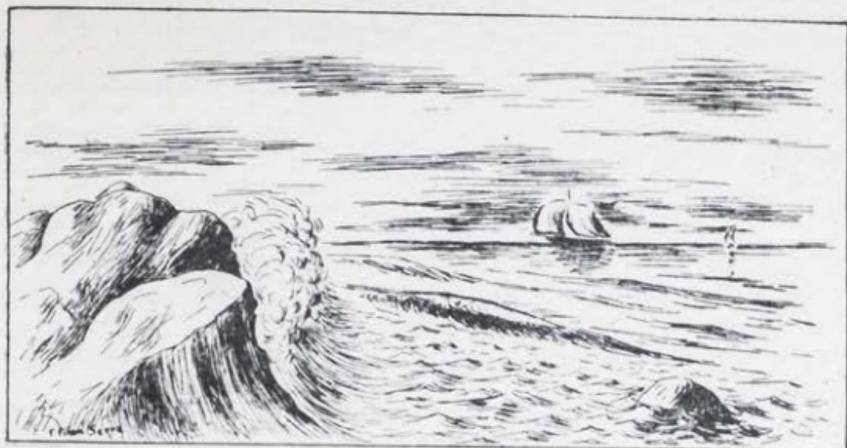
—No importa lo salobre de sus aguas, no importa su riqueza; todo se olvida ante lo

terrible e inmenso del mar enfurecido. Si tú vieras como avanzan sus olas; si tú presenciaras lo insignificantes que resultan las cosas ante su grandioso poderío, entonces comprenderías lo que es el mar y los angustiosos momentos que pasan los marinos en él.

Tú sólo conoces la parte buena del mar. Te agrada a la vista el color y la tranquilidad de sus aguas en calma, te satisface sentir sobre tu piel lo acariciante de su brisa y gozas de sus riquezas, porque ignoras los sacrificios que cuesta el conseguirlas.

—Está bien, papá; pero yo lo quiero como está ahora. ¿Me dejas bañar en esa playa?

—Báñate, Eloy, mas no te alejes mucho.

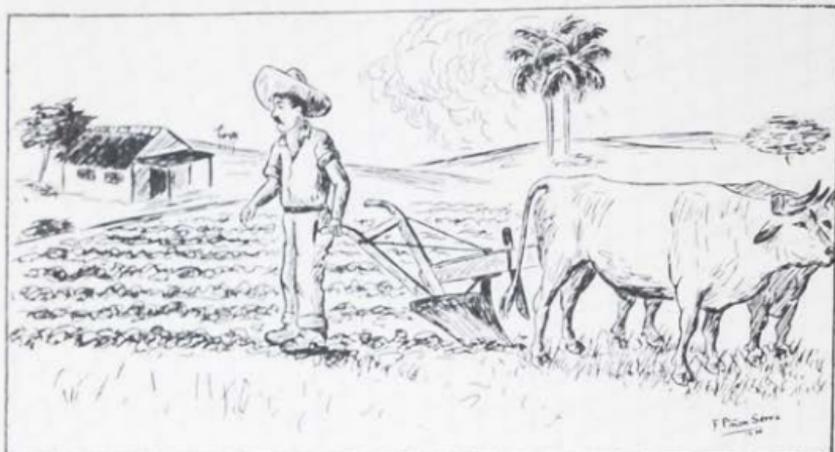


Lección L

LA OLA Y LA ROCA

Cual si envidiase su altura
a la peña majestuosa,
murmurando embravecida
del mar la encrespada ola,
contra aquella se abalanza;
ya la escupe, ya la azota.
Resiste el furioso golpe
sin conmoverse la roca,
y parece más augusta
cuando, desgajada y rota,
lame su base, humillada
la hirviente y amarga onda.

Aurelia Castillo de González.



Lección LI

LA TIERRA, EL ARADO Y EL HOMBRE

—Arado—dice la madre tierra—¿qué daño te he ocasionado? ¿Por qué me tratas con tanta crueldad? ¿No te bastan las heridas que ya me has ocasionado? ¡Detén tu afilada reja! ¡Deténla!

—No es culpa mía—responde el arado.—Bien sé que tú no me has hecho daño ni tengo razón para herirte una y mil veces, pero ¿soy yo culpable? ¿Te hiero con mi reja por el placer de hacerte daño? ¿Soy dueño de mis actos? ¿Me crees tan cruel, madre? Soy esclavo del hombre. El me obliga a pasar y repasar sobre tí.

—Te he dado la vida, hijo arado, y todo lo que tienes es producto mío. ¿Por qué no te rebelas, hijo?

—Porque es imposible, madre. Háblale al hombre y él te dará la razón de sus actos. Tú eres su esclava también.

—Hombre. ¿Por qué hieres mis carnes? ¿No te compadecen mis heridas? ¿No te doy el alimento necesario para vivir? ¿Por qué me tratas así? —pregunta la tierra al hombre.

—Verdad es que a veces te trato con crueldad, madre tierra, dándome como me das lo necesario para vivir. Pero ¿no guardas celosamente algunos productos que yo necesito? ¿Por qué los escondes, dí? ¿Puedo vivir únicamente de árboles?

—Mis árboles te dan frutos para alimentarte y madera para fabricar tu casa. ¿No te basta con eso?

—No, no me basta—responde el hombre—Yo necesito los tesoros que ocultas, como el oro, el hierro y otros minerales; necesito productos, como la malanga, la papa y otros que también escondes. Dime, ¿cómo los consigo?

—Es verdad, hijo, tienes necesidad de buscar esos productos. Soy tu madre y no debo negarte lo que necesitas para vivir; pero te niego unos productos, ocultándolos, para que aguces tu inteligencia y los obtengas con tu esfuerzo.

Si todo te lo diera, te convertirías en un holgazán, como sucede con los hijos a quienes sus padres se lo dan todo.

—¡Arado! ¡Arado!—grita la madre tierra—
Sigue adelante, no te detengas: el hombre tiene razón.



Lección LII

EL BOSQUE

Una mañana se reunieron Pablo, Eloy y Pepe para que el papá de Nydia y Mirta los llevara a dar un paseo.

El papá se puso muy contento y prometió llevarlos al bosque cercano a la finca.

Muy alegres los niños, prepararon su merienda y al poco rato salieron hacia el bosque. Hacía mucho sol y por el camino iban buscando la sombra de los árboles que crecen en las orillas.

—He ahí el bosque—dijo el papá.

Los niños quedaron admirados ante la gran cantidad de árboles que había en el bosque.

—¡Cuántos árboles, papá!—dijo Nydia.

—Qué oscuridad!—exclamó Francisco.

—¡Entremos!—gritó Eloy.

—¡No! En el bosque hay muchos peligros. Si ustedes fueran más grandes y supieran defenderse, yo los dejaría entrar y recorrer todo el bosque.

—¿Por qué es tan oscuro el bosque, papá?

—Por los árboles de grueso tronco y frondoso ramaje. Unas ramas con otras se entrelazan y evitan que penetre la luz del Sol.

—Papá, ¿qué árbol es ese que tiene el tronco lleno de púas, es muy grueso y tiene las ramas tan altas?

—Esa es la ceiba, hija mía.

—¿Y los otros, los que están detrás de la ceiba?

—Hay muchos, pero los más conocidos son el cedro, la caoba, el jiquí, la majagua, el guayacán y otros. De los troncos de esos árboles se saca la madera que después sirve para fabricar casas, muebles y otras muchas cosas.

—¿Sólo hay árboles en el bosque?—pregunta Pablo.

—Miren a la derecha de la ceiba ¿Ven aquéllo que se enlaza al tronco de aquel árbol? Pués es un jagüey, que trepa por los troncos de los árboles como buscando la luz del sol. El jagüey es una planta trepadora. Además, hay muchas hierbas y bejucos, arbustos y animales.

En ciertos lugares del bosque apenas se puede caminar, siendo necesario abrirse paso con machetes afilados.

—Oye, papá, cuando sea grande, ¿me traerás a ver el bosque por dentro?—pregunta Nydia.

—Sí, cuando seas mayor no ofrecerá para tí los peligros que tiene ahora. Entonces sabrás defenderte.

Los niños regresaron muy contentos del paseo hasta la entrada del bosque.



Lección LIII

LAS MOSCAS

—¿Qué contento estoy, mamá! Hoy, cuando el maestro habló de las moscas y dijo: el mayor enemigo de las moscas es la limpieza, me acordé de tí y de lo limpia que siempre tienes la casa.

¡Por eso en casa no hay moscas—dije al maestro sin poder contenerme—El maestro explicó que las moscas son perjudiciales, porque llevan en sus seis patas, basuras y animales muy pequeñitos, muchos de los cuales producen enfermedades, a veces peligrosas.

—Sí, Eloy, las moscas transmiten las enfermedades. En las casas donde falta la higiene, abundan las moscas y otros animales que son perjudiciales a la salud.

—¡Por eso yo nunca me enfermo, mamá!

—Es verdad Eloy, el aseo evita que contraigas algunas enfermedades, por eso yo procuro que la casa siempre esté bien limpia.

—Claro, estando aseada la casa, las moscas no tienen donde poner sus huevecitos, porque siempre buscan los lugares donde hay basuras y suciedades para dejarlos.

—¿Sabes qué clase de animal es la mosca?

—Un insecto, mamá, pero un insecto muy perjudicial.

—Si evitas jugar y visitar los lugares donde falta la higiene, te evitarás muchas enfermedades, Eloy.



Lección LIV

LA CAZA

—Anoche papá me refirió una historieta muy bonita, Pepe.

—¿Te atreves a contarla, Armando?

—¡Cómo no! Me acuerdo bien por lo interesante y por su relación con algo que nos ha enseñado el maestro.

—Bueno, Armando, comienza, que soy todo oídos.

—Pues verás: Era un niño a quien le gustaba mucho la cacería y siempre estaba buscando animalitos para cazarlos, ya con lazos, ya con piedras u otras cosas.

Un día sorprendió una lagartija en el momento en que velaba una mosca, y la enlazó para evitar que la matara.

—¡Eso no se hace, señora lagartija!—le dijo—Es un abuso.

Y se puso a jugar con la pobre lagartija hasta que en uno de los juegos le partió el rabito.

Ya estaba cansado y sudoroso y se sentó a descansar un rato. A poco apareció la mosca por aquellos lugares y, después de volar y revolotar un rato, se le posó en los labios. Al contacto, el niño ahuyentó la mosca, pero ¡ya era tarde!

Cuando regresó a su casa, se llevó la lagartija para seguir jugando con ella.

Por la tarde se sintió enfermo y se lo dijo a su mamá.

—¿La mosca lo enfermó, verdad Armando?

—Sí, Pepe, le transmitió, como ha dicho el maestro, el microbio de una enfermedad.

El niño estaba acostado y pidió la lagartija para jugar.

Cuando la lagartija se encontró sola con él, le dijo:—Querido niño, ¿por qué me maltratas?

¿Qué daño te he hecho para que así juegues conmigo? Sin embargo, a la mosca no le haces nada y ella fué la que te enfermó.

¿Cómo es posible—preguntó el niño—que la mosca me haya enfermado? Tú lo que quieres es que yo te suelte y no lo voy a hacer.

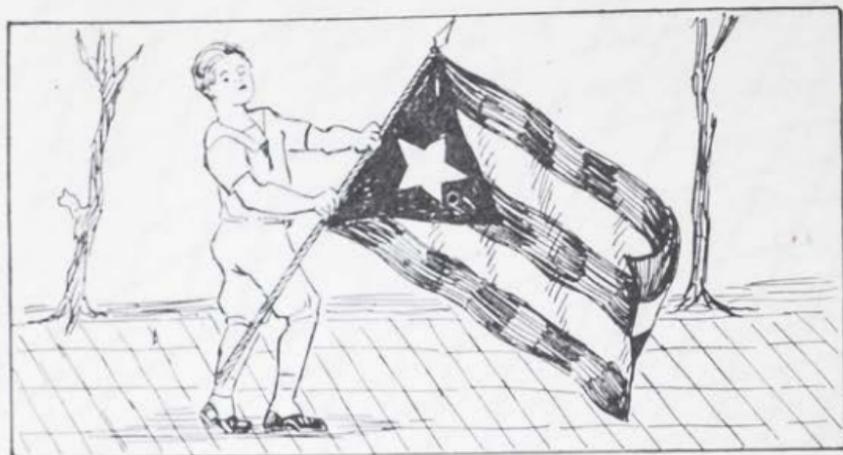
—Estás en un error, querido niño. Cuando se posó la mosca en tus labios, llevaba en sus patitas muchos animalitos dañinos, que son los que te han ocasionado la enfermedad. La mosca te devolvió un mal por el bien que tú le hiciste salvándola de mí.

El niño se quedó pensativo. Recordó entonces algo que él había escuchado en la escuela sobre las moscas y dijo:

—Te dejo en libertad. Tú prestas un gran servicio a los hombres, porque destruyes las moscas, pero no te vayas de casa hasta que yo me ponga bueno. Entonces yo te ayudaré a cazar moscas.

La lagartija quedó libre y, cuando el niño estuvo bueno, siempre andaban juntos. Desde entonces fué un defensor de las lagartijas y no volvió a cazar más que los animales dañinos.

—Me ha gustado mucho el cuento, Armando; pero lo que más me agrada es que enseña la necesidad de destruir los animales malos y conservar aquellos que los destruyen.



Lección LV

BANDERA MIA

¡Bandera mía,
sagrado velo
donde una estrella
del alto cielo
prendió su llama
de eternidad,
de toda mancha
limpia te vea,
y tu ancho manto
por siempre sea
símbolo augusto
de libertad!

Dulce Ma. Borrero.



Lección LVI

EL 24 DE FEBRERO

La Patria tiene tres fechas inolvidables, y esas fechas son celebradas con grandes fiestas e inmenso júbilo popular.

La que celebramos hoy se llama el “Grito de Baire” y señaló el principio de una guerra que terminó con la independencia de la Isla.

Los cubanos estaban descontentos de la forma como España gobernaba en esta hermosa tierra, e inspirados por el ejemplo de sus antecesores de la guerra grande, se lanzaron en lucha desigual a conquistar la libertad que se les negaba.

Esa guerra comenzó el 24 de febrero de 1895, y alma de ella lo fué nuestro Apóstol, José Martí.

Aunque más corta en duración que la guerra del "68", en ella se obtuvo un fruto mejor: la independencia.

Durante el tiempo que duró esta guerra se realizaron hazañas increíbles, como lo fué la Invasión, llevada a cabo por Gómez y Maceo.

Piensen ustedes lo que representa una marcha a caballo, a lo largo de la Isla y hostilizados constantemente por un enemigo superior en número y en armamento. Por cada español que caía en la lucha, había cien de repuesto y prontos a sustituirlo; por cada cubano que caía. . . . se contaba uno menos. Hoy se peleaba aquí, mañana un poco más allá, y al día siguiente se volvía a la lucha; y siempre eran los mismos mambises contra enemigos distintos que estaban descansados, frescos y bien alimentados.

Los cubanos que estaban en la manigua carecían las más de las veces de lo necesario para comer, de medicinas, de ropas y de balas. Con

el machete en alto y el corazón en la patria, se abrieron paso ante los obstáculos que encontraron en su camino.

En esa lucha se hicieron inmortales Antonio Maceo y Máximo Gómez. Este fué el pensamiento; aquél, la acción. Juntos, la libertad de Cuba.



Lección LVII

LOS PECES

Voy de compras con el abuelito al mercado. Llegamos a las casillas que venden pescados.

—Abuelito, ¿qué pescado es éste que tiene los ojos tan saltones y el cuerpo tan manchado?

—Ese pescado es una cherna.

—Abuelito, ¿cómo se llama este otro tan bonito?

—Ese es un pargo, Ricardo.

—¿Y esas otras más chiquitas?

—Esas se llaman lisetas y éstas más grandes son las lisas. Aquéllas son cuberas, y las biajaibas las que están al lado.

—¿Qué bonito es el pargo que compraste, abuelito! ¿Para que quieres esa cabeza de cherna?

—Para que tu mamá haga sopa, que es muy alimenticia.

—Dime, ¿para qué les sirven esas conchitas que tienen en el cuerpo los peces?

—Son las escamas, Ricardo. Conforme hay animales que tienen protegido su cuerpo con pelos y otros con plumas, los peces lo tienen con las escamas.

—¿Viven siempre en el agua los peces?

—Su único elemento es el agua y se mueren fuera de ella.

—¿Cómo pueden respirar los peces en el agua?

—Por aquí, ¿no ves? Son las “agallas”: por ellas toman el aire que se encuentra en el agua.

—¿Para qué les sirven las aletas?

—Éstas las emplean para nadar, la cola les sirve de timón y esta vejiguita la utilizan para subir o bajar cuando se llena o vacía de aire, como hacen los submarinos.

—¿El tiburón es un pez?

—Sí, pero muy peligroso, porque ataca al hombre. Su carne no se come y su piel se utiliza en las peleterías.

—¿Es el único pez peligroso que hay en el mar?

—No, además hay gatas, cornudas, agujas, lebisas y muchos otros que el hombre teme.

—Abuelito, ¿sabes lo que me gustaría?

—¿Qué te gustaría, mi nieto?

—Pues ir al mar y conocer todos los peces que hay en él.

—Ya tendrás tiempo. Estudia en la escuela y conocerás la vida de los peces y sus costumbres, y después, cuando seas grande, aprenderás a conocerlos.



Lección LVIII

LA PESCA

—La pesca no me gusta—dice Reinaldo.

—Pero es muy bonita—agrega Luis.

—Es una crueldad pescar con anzuelo. Se hace sufrir mucho a los peces.

—Pero es necesario pescar para alimentarse.

—Bueno, que se haga con malla o redes. Los peces sufren poco cogiéndolos en redes, y si se devolvieran al mar los pequeños, la pesca sería menos cruel. Yo he visto pescar en varias formas y, realmente, la menos dolorosa es utilizando la red. En esa forma el pez sufre

menos que con el anzuelo. Con éste, a más de la muerte inevitable al sacarlo del agua, se le hiere en la boca con su afilada punta. Si yo pudiera, prohibiría la pesca con anzuelo.

—La pesca no es un arte, es una necesidad: el hombre pesca porque le hace falta la carne de los peces, que es muy buena para las personas delicadas del estómago. Los médicos la recetan a algunos enfermos.

—Pero hay que tener cuidado con la carne de pescado, porque, además de las espinas, muchas veces la carne está en mal estado y produce graves enfermedades.



Lección LIX

EL PESCADOR Y EL PECECILLO

(Fábula)

Arreglo de Esopo.

Un hombre pescando en la costa, cogió un pequeño pargo y, mientras estaba quitándole el anzuelo para echar el pececito en la lata que tenía a su lado, abrió éste la boca implorando piedad y rogándole al pescador que lo echase de nuevo al mar.

Preguntóle el hombre por qué debía obrar así y el parguito respondió:—Porque ahora soy pequeño y no valgo gran cosa; pero si,

por el contrario, me pescas cuando sea mayor, te seré más útil.

—Pescarte luego, ¿eh?—respondió el hombre, que no tenía buenos sentimientos—¿quién me lo asegura? Por lo menos ahora te tengo en mis manos.

Y echándolo en la lata, continuó la pesca.



Lección LX

EL GAVILAN

—Vamos a recorrer el patio del batey, Manolo.

—¿Para qué?

—Para ver por dónde anda un gavilán que hace un rato estaba dando vueltas por el batey.

—¿Por qué te interesa el gavilán?

—Porque se come los pollos. Cuando baja, se lleva en las garras al que puede, y, recorriendo el patio, a veces no se atreve a bajar.

—¿Dónde está el gavilán?

—No lo veo. Tal vez esté en un árbol o ya se

habrá llevado algún pollito. ¡Míralo sobre aquella palma! ¿No lo ves?

—¿En qué palma? ¿En aquélla donde está un ave de color carmelita?

—Sí, en ésa. Ese es el gavián. No lo pierdas de vista.

—Ya está volando, Francisco. ¡Mira con qué rapidez sube!

¡clok! ¡clok! ¡clock!

—¿No oyes, Manolo? Son las gallinas llamando a sus pollitos. Ya vieron al gavián. Mira como corren los pollitos a meterse debajo de las alas de la madre. El que no haya hecho caso de la llamada de la madre o esté muy lejos, es pollo perdido.

—¿Qué hace ahora tan alto el gavián?

—Mirando lo que puede coger. Desde allá arriba lo ve todo. Tiene una vista tan buena, que ve perfectamente, por alto que vuele.

—¿Y qué hace ahora bajando como un tirabuzón?

—¡Nada, lo que te dije, pollo perdido! Corre y grita para ver si lo asustamos.

—¡Huiii! ¡huiii! ¡huiii!

—¡Oye su grito de guerra! ¡Mira las gallinas como se aprestan a defender sus crías! ¡Mira! ¡se llevó un pollo!

—¿Por qué no los cazan?

—En la finca los cazan, y verás como el domingo cae. Porque el gavilán volverá.



Lección LXI

LA PLAYA

—¡Ya estamos en la playa!—grita Pepe.

—¡A bañarnos! ¡A bañarnos!—exclama Luis.

Se quitan sus ropas y se ponen las trusas, dispuestos a penetrar en el agua.

¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf!

Uno tras otro se han lanzado al agua y ya se les ve nadar.

—Vamos Leopoldo, ¿qué esperas?—dice Luis.

—¿Tienes miedo, Leopoldo?—agrega Pepe.

—¡Tírate! ¡Tírate!—le grita Fernando.

—Ahora voy, esperen. Primero quiero jugar en la arena—contesta Leopoldo.

—Luego jugaremos. Ven, no tengas miedo—
le dice Pepe.

¡Plaff!

—¡Así, de “barriga”!—le dice Fernando.

—¡Bien!—exclama Pepe—confundió la “barriga” con la cabeza.

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo! ¡Auxilio—grita
Leopoldo

—Ya estamos aquí, le dicen sus amigos ¿Qué
te pasó?

—¡Ay, cómo he tragado agua!—exclama
Leopoldo.

—Eso no tiene importancia. Ven, nada con
nosotros. Así.

Leopoldo pierde el miedo y los acompaña.

Se oye el chapoteo que los niños hacen en
el agua.

Parecen un ciclón.

—¿Cuándo jugamos en la arena?—pregunta
Leopoldo.

—Ya estoy cansado de tanto nadar—dice
Luis.

—Bueno, vamos a jugar en la arena—res-
ponde Fernando.

Pronto se cansan de jugar los niños en la arena y vuelven al agua para lavarse.

Se dirigen a las casetas y se cambian la trusa por la ropa.

—¿Ya están vestidos?—pregunta el papá de Leopoldo.

—Sí, ya estamos vestidos—responden.

—Entonces, vayamos pronto a casa que va a llover.



Lección LXII

LA SIEMBRA

Ya está el campo labrado,
comenzó la labor...
sobre el surco inclinado
¿qué hace el buen labrador?
Siembra el grano luciente
que un tesoro ha de dar,
y, al echar la simiente,
se le siente cantar.
Canta y siembra contento
con creciente atención,
y, volando en el viento,
va la alegre canción.

Dulce Ma. Borrero.



LECCION LXIII

EL PUESTO DE FRUTAS

Al mediodía los niños suspenden sus juegos y se dirigen al puesto de frutas para merendar.

Andrés, dame un mamey—pide Reinaldo.

—¿Tú tienes dinero para pagarme? El mamey vale cinco centavos.

—Sí, Andrés, toma el dinero.

—Toma el mamey.

—¿A cómo son las piñas, Andrés?

—A dos centavos.

—Dame una—dice Fernando.

—Dame el dinero antes.

—Toma, chino, ¡qué desconfiado eres!

—Dame a mí dos centavos de platanitos—
pide Luis, poniendo sobre el mostrador los dos
centavos.

—Yo quiero tres centavos de ciruelas —
exclama Eloy.

—Ya terminé — dice Reinaldo, — ¿seguimos
jugando?

—Si, vamos a jugar.

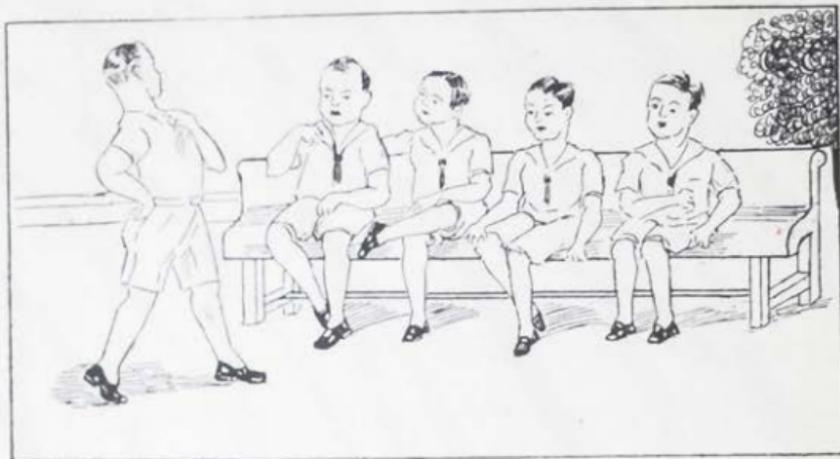
—¿Has visto, Fernando, lo desconfiado que
son los chinos?—dice Luis.

—¿Tú sabes por qué son así?

—No, no lo sé.

—Fíjate que muchas personas van al puesto
y piden platanitos, por ejemplo, y luego que el
chino los quita del racimo, no los quieren y
otras veces, en un descuido del chino, se van
sin pagar.

—Pero eso está muy mal hecho.



Lección LXIV

LAS MENTIRAS DE PEDRITO

Pedrito es el niño más mentiroso del barrio.

Un día empezó a gritar:

—¡Oigan, oigan, amiguitos! ¡Vengan pronto!
¡Les voy a contar algo muy interesante que
vieron estos ojos!

—Refiere el cuento, Pedrito—dice Pepe.

—Vaya. ¡Qué no es cuento! ¡Cómo qué lo
vieron estos ojos!—repite Pedrito.

—Bueno, chico, empieza—dice Leopoldo.

—Pues ahí va. Cuando.....

—¡Ahí viene la bola! ¡Bola una!—dice Julio.

—¡Cállense o no sigo!—amenaza Pedrito.

—Cállate, Julio— ordena Fernando.

—Pues...cuando yo fuí a la ciénaga, hace cuatro años, ví un día a un lindo gatito que tomaba el sol sentado en una estaca. Cerca de él estaba durmiendo un grandísimo caimán.

Al poco rato se despierta el caimán, lanza un bostezo, supongo que de hambre, y ve al gatito, como si se lo hubieran puesto allí para merendar.

Lo mira, lo remira y... de pronto se lanza hecho un rayo contra el infeliz gatito y ¡cház! ¡cház!

—¿Lo cogió? ¡Pobrecito!— exclama Fernando.

—No, hombre, no; espera un momento, ten paciencia. El gatito había visto cuando el caimán se despertó y vió como lo miraba y se preparó para saltar, como lo hizo.

—¿Y qué fué lo que cogió el caimán?

—El caimán sacó la estaca donde estaba sentado el gatito, que medía una o dos varas.

—¡Mentiroso! ¡mentiroso!—gritan los niños.

—Adiós, Pedrito, ve a contar tus mentiras a otra parte.



Lección LXV

EL PLATANO

—¿Ricardo, quisiera comer unos platanitos manzanos! ¿Los puedes conseguir?

—¿Cómo no, Pablo! Ven conmigo hasta el platanal. Allí puedes comer cuantos platanitos quieras.

—¿Es muy grande el platanal de la finca?

—Ya lo verás, es bastante grande. Mira, ahí tienes el platanal; no pierdas tiempo, entra y coge los que quieras.

—¿No me acompañas?

—No, te espero afuera, sentado aquí.

—¡Ricardo! ¡Ven! que no encuentro los plátanos manzanos. Todos los que hay son grandes y verdes.

—¡Espera, Pablo, ya voy! Por aquí, sigue detrás de mí.

—Aquí tienes los platanitos manzanos y en aquellas matas los hay de otra clase.

—¡Ahora sí que los encontré! ¡A la una! ¡A las dos! ¡y a las tres!—exclama Pablo lleno de alegría, acercándose al racimo.

—¿Qué haces, Ricardo?

—Quitando las hojas secas de las matas de plátano, mientras tú comes ¡Tragón!

—¿No hay más racimos maduros de platanitos manzanos?

—¡No, no hay más racimos! ¡Se acabaron!—dice Ricardo.

—No se acabaron, mentiroso, mira ese otro racimo, pero son plátanos burros y no me gustan. Yo sólomente como los platanitos manzanos.

—No, Pablo, no hay más. Ven, que te puedes perder.

—¡Qué satisfecho quedé! Hacía tiempo que no comía tantos platanitos!

—Vamos ya para la casa, que se hace tarde.

—Dime, ¿para qué tienen un platanal tan grande? Y sobre todo, ¿para qué siembran plátanos machos y burros?

—Ese es el negocio. El plátano grande se vende a mejor precio, y, además, en la finca comen plátanos casi todos los días.

—¿Los comen siempre preparados de la misma manera?

—Unas veces en el ajiaco, otras en forma de galleticas, o fritos y aplastados y también salcochados.

—¿No comen platanitos manzanos de postre?

—Hoy no.

—¿Por qué?

—Pues... ¡porque no hay más!

—Es verdad, si yo me los comí. ¡ja! ¡ja! ¡ja!



Lección LXVI

LAS MARIPOSAS

—¿Conoces la vida de la mariposa, Marta?

—Yo sé que las mariposas tienen muy bonitos colores y siempre están volando de flor en flor.

—¿Te gustaría ir al jardín para ver las mariposas?

—Sí, vamos al jardín para correr tras las mariposas. Es un juego muy divertido.

Marta y Margarita van al jardín de la casa. Preciosas flores cubren los canteros y entre ellas vuelan lindas mariposas.

—¡Mira, Margarita, qué mariposa tan bonita!

—¿Dónde está la mariposa, Marta?

—En aquella rosa roja. ¿No la ves?

—Sí, ya la veo. ¡Qué hermosa y grande es!

—¿Y aquélla que está volando entre los jazmines?

—Es amarilla rayada de negro.

—Corramos, Margarita, vamos a seguirla.

Mientras la mariposa va volando de flor en flor, las niñas corren tras ella sin poder alcanzarla.

—¡Qué cansada estoy, Marta! Vamos a sentarnos en este banco.

—Yo nunca me canso de correr tras las mariposas. ¡Son tan bellas!

—Marta, no corras más; siéntate, que te voy a contar cómo se forman las mariposas.

—¡Sí, sí, qué bueno!

—No te impacientes, que ahora te explicaré. La mariposa, antes de ser mariposa, es un gusano muy feo.

—No puede ser, eso no es verdad.

—Pero si la maestra lo ha dicho.

—Si la maestra lo dijo, entonces es verdad.

—El gusano sale de un huevecito que la mariposa pone en las hojas de las plantas. Cuando el gusanito nace, tiene mucha hambre y se pasa el día entero comiendo las hojas de ciertas plantas. Después él mismo se prepara una casita sin puertas ni ventanas.

—¿El mismo se hace la casita?

—Sí, y cuando la termina, se encierra en ella.

—¿No se muere dentro de la casita?

—No, se duerme por cierto tiempo que varía de uno a muchos días. Más tarde, rompe el capullo. . .

—¿Qué cosa es el capullo?

—El capullo es la casita donde el gusanito está durmiendo; cuando lo rompe aparece una linda mariposa en lugar de aquel feo gusano.

—Parece un cuento de hadas, Margarita.

—Pero es verdad, Marta, la maestra lo ha dicho así.



Lección LXVII

LOS PECECITOS

En el estanque,
yendo y viniendo,
los pececitos
viven contentos.
Mas, si del agua
los extraemos,
poquito a poco
se irán muriendo...
Que allí respiran,
dichosos, ellos,
como nosotros
a campo abierto.

Dulce Ma. Borrero.



Lección LXVIII

EL VALLE

Los niños van de excursión. ¡Qué contentos están todos!

Cuando llegan a la loma que se divisa desde el camino, el maestro les dice que pronto llegarán a un lugar muy bonito. Suben alegres la loma y, al llegar los primeros a la parte más alta, exclaman: ¡Qué valle tan precioso! Ya hemos llegado.

—¿Cómo saben ustedes que es un valle?— pregunta el maestro.

—Por la explicación que Ud. nos dió en días pasados sobre los valles. ¿Valle no es una hon-

donada del terreno entre lomas más o menos altas?—le dice Eloy.

—Efectivamente, así es. Observen ahora la vegetación del valle. ¿De qué está cubierto su suelo?

—El suelo está completamente cubierto de plantas. La tierra de los valles es muy fértil, señor — responde Pepe.

—¿Recuerdan por qué son tan fértiles las tierras de los valles?

—Yo lo recuerdo, señor—dice Fernando— Cuando llueve, las aguas corren hacia el valle por las laderas de las lomas que lo rodean, regándolo y fertilizándolo, lo que hace posible la vida de las plantas y animales.

—¿Cómo aprovecha el hombre la fertilidad del valle?

—Fabrica su casa en el valle para trabajar mejor la tierra, que produce muy buenas cosechas—explica Leopoldo.

—Mire las casitas del valle, señor. ¡Qué pequeñas nos lucen!

—Lucen pequeñas por la distancia que nos separa de ellas. ¿Se han fijado ustedes en aque-

¿La cinta que recorre el valle como si fuera una serpiente?

—Ese es el río, señor—contesta Reinaldo.

—Los valles, debido a su fertilidad, siempre están habitados por el hombre.

Cuando éste tiene necesidad de fabricar su casa, busca las mejores tierras para hacerlo y como ya ustedes saben, queridos alumnos, los valles reúnen las mejores condiciones. Casi siempre en los valles hay ríos o riachuelos que facilitan la cría de animales domésticos.

—Señor, la vida en el valle debe ser encantadora, ¿verdad?

—Sí, el guajiro vive feliz con su familia, sus animales y su tierra.

Los niños quieren descender hasta el valle, pero, como es tarde, el maestro les promete otra excursión.

—En Cuba hay valles muy bonitos—dice el maestro durante el regreso hacia la ciudad y algunos producen artículos de insuperable calidad. El mejor tabaco del mundo se produce en Vuelta Abajo, en un valle regado por las aguas del río Cuyaguaje.



Lección LXIX

EL MAIZ

—Mamá, ¿me dejas ir a almorzar a la finca de Pepe?

—Hoy te necesito, Francisco. Hay por hacer muchas cosas.

—Es que la tía de Pepe nos ofreció unos tamales para hoy, y tú sabes lo sabroso que los hace.

—Sí es así, ve, hijo mío.

—Entonces me iré ahora mismo, porque tengo que ayudar a preparar los tamales.

Francisco monta a caballo y pronto llega a la finca de su amigo Pepe.

—Buenos días, a todos.

—Buenos días. — le responden—;Qué madrugador!

—Aquí estoy por los tamales, tía Margarita.

—Desmóntate, Francisco, para que tomes un poco de café. Pepe ya está en el maizal, y lo mejor es que vayas a ayudarlo a recoger el maíz.

—Allá voy — exclama Francisco, bajándose del caballo y dirigiéndose hacia el maizal, después de haber tomado su taza de café.

—¡Hola, Pepe! ¿Te puedo ayudar?

—Buenos días, Francisco. Ayúdame a llenar estos dos sacos; escoge las mejores mazorcas de maíz tierno para el tamal.

Al poco rato, regresan Pepe y Francisco con los dos sacos casi llenos de mazorcas.

—Noemí, ayuda a Francisco y a Pepe a despajar el maíz. Después, en estos guayos, lo van rayando y echan a las gallinas las mazorcas que estén picadas.

Cuando terminan la tarea, se ponen a jugar al cachumbambé mientras la tía Margarita prepara los tamales.

—¿Desearían unas frituras de maíz y majarete para el postre?

—Sí, son muy buenas la frituritas y muy sabroso el majarete.

A poco se oye una voz que grita:

—¡A la mesa, muchachos! ¡Ya está servida!

—¡Qué buenos están los tamales! — dice Francisco.

¡Y las frituras! ¿Hay cosa más sabrosa?— exclama Noemí.

—¿Se puede repetir?—pregunta Pepe, después de comer el majarete.

—Sí, Pepe, aún queda un poco.

—¡Viva la tía Margarita!—gritan los muchachos alborozados.

Al poco rato de terminada la comida Francisco se despide de sus amigos.

—¿Puedo volver, tía Margarita?—pregunta al montar en el caballo.

—Cuando quieras, Francisco. Esta es tu casa.

—Pero, ¿a comer tamales?

—Sí, y también lechón asado — contestan los niños de la finca.

—Adiós, y gracias por tantas atenciones.

—Espérate un momento, Francisco. Llévale a tu mamá estos tamales — dice Noemí dándole un cartucho.

—Gracias, Noemí. Adiós a todos.

—Adiós, Francisco, y vuelve pronto.



Lección LXX

EL RIO

—¡Qué calor hace! ¡Si pudiera bañarme en el río!—dice Eloy

—No es mala la idea, Eloy, podemos ir al río.
—contesta Ricardo.

—Bueno, vamos a bañarnos al río; pero primero pídele permiso a mamá.

—¡Mamá! ¿Nos dejas bañar en el río? —pregunta Ricardo.

—Vayan, pero tengan mucho cuidado. Tú, Ricardo, te encargarás de cuidar a Eloy. No se demoren mucho.

—Yo lo cuidaré bien, mamá.

Los niños van hasta el río que pasa por la finca.

—Ya estamos en el río. ¡Al agua!

Se quitan las camisas y los zapatos y se meten en el agua.

—¡Qué rica está el agua! ¡Ahora si que no tengo calor! ¿A dónde vas, Ricardo?

—Hasta la otra orilla, para tirarme de cabeza desde el barranco.

—Espérame, que yo voy también.

—No, tú no, que puedes darte un golpe.

—¡Qué sí, vaya! Yo quiero tirarme de cabeza.

—No, Eloy, recuerda que mamá me dijo que te cuidara.

—Pues te tiro una piedra.

Eloy saca una piedra del fondo del río y se admira al verla tan redonda.

—¡Mira qué piedra más redonda encontré en el fondo del río, Ricardo!

—Allá voy. Espera, que quiero verla. Es verdad, qué redondita es.

—¿Habrás más piedras redondas como ésta en el lecho del río?

—Eso se sabe haciendo una zambullida.

Zambullen y sacan varias piedras, todas redonditas.

—Mira, Ricardo, también son redondas.

—Debe ser porque la corriente del río las arrastra haciéndolas tropezar unas contra otras, perdiendo, por los golpes que reciben, los filos y las puntas.

—Oye Ricardo, ¿vamos a ver quién llega primero hasta la mata de mango?

—Bueno, yo doy las voces. Cuando diga, ¡tres! empezamos a nadar.

¡Una!... ¡Dos!... ¡Tres!...

sch, sch, sch, sch...

—Te gané, Eloy.

—Regresemos.

¡Una!... ¡Dos!... ¡Tres!...

sch, sch, sch, sch...

—Perdiste otra vez. Tú no puedes competir conmigo.

—Sí, porque tú eres mayor que yo.

—Salgamos, Eloy, que mamá nos dijo que regresáramos pronto.

Salen del agua, se visten y vuelven muy contentos a su casa.



Lección LXXI

LA ZAFRA

Los altos cañaverales
ya, desde lejos, se ven
como un tapiz de cristales
que ondula en lento vaivén.
Del sol la luz ardorosa
los troncos acarició,
y la tierra, generosa,
su dulce sabia les dió.
Todo es gozo y movimiento
cuando va el alba a lucir.
¡Ya está el guajiro contento,
que trabajar es vivir!

Dulce Ma. Borrero.



Lección LXXII

LAS HORMIGAS

Cuando Luisa llegó de jugar, su mamá le dijo: — Luisa, en la nevera tienes un dulce. Puedes comerlo.

Luisa fué muy contenta a buscar el dulce. Abrió la nevera y ¡oh sorpresa!, estaba lleno de hormigas.

—¡Mamá! ¡Mamá! — gritó Luisa llevando entre sus manos el dulce—;Mira cómo se ha puesto el dulce!

—;Hija, cuántas hormigas! ¿Por dónde habrán entrado?

—Pero, mamá, ¡aquí hay muchos cientos de hormigas!

—Naturalmente, Luisa, como a las hormigas les gusta mucho el dulce y la nevera se quedó abierta, enseguida acudieron para llevárselo poco a poco para la cueva.

—Mamá, ¿tú me podrías decir algo sobre la vida de las hormigas?

—Sí, hija, las hormigas son unos animalitos muy trabajadores e inteligentes que siempre están buscando comida para llevarla a su casa.

—¿Tienen casa las hormigas?

—Sí, sus casitas son cuevas y en ellas viven muchas hormigas.

—Dime, cuando encuentran algo de comer ¿cómo pueden llevarlo para su casa si son tan chiquitas?

—Es muy fácil, Luisa, si una hormiguita encuentra algo de comer y no puede llevarlo ella sola, avisa a sus compañeras y entre todas lo llevan para la cueva.

—¿Cómo se avisan, mamá?

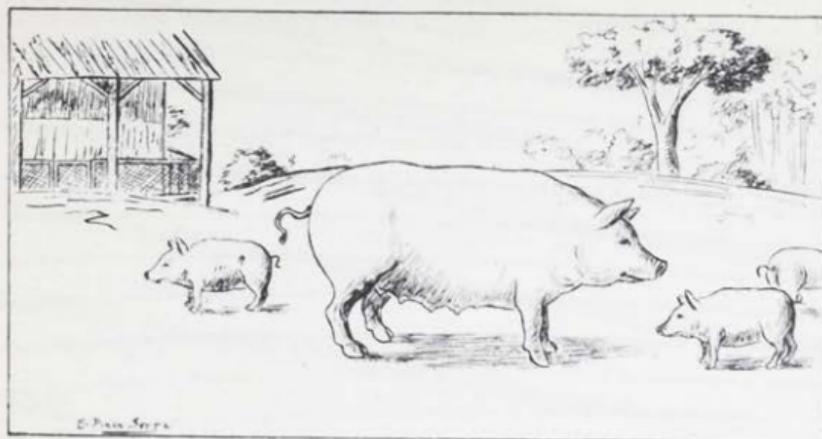
—Se tocan con los hilitos, o antenas que tienen en la cabeza y hasta parece que hablan.

Lo más curioso, Luisa, es que las hormigas combaten unas contra otras y se hacen prisioneras que luego emplean como esclavas para limpiar el hormiguero y cuidar las vacas.

—¿Las vacas? ¡Tú quieres burlarte de mí, mamá!

—No, hija. Las hormigas tienen en las cuevas unos animalitos llamados pulgones, que dan a las hormigas un líquido azucarado cuando éstas los tocan con sus antenas.

—¡Qué curioso, mamá! Si yo fuera una hormiguita estaría todo el día tocando a los pulgones para que me dieran almíbar!



Lección LXXIII

EL CERDO

—Choncha, la puerca de casa, quiere mucho a sus hijitos. Cuando hace ¡“rrrrr”! ¡“rrrrr”! ¡“rrrrr”!, los cochinitos corren hacia ella, porque ya saben que hay algún peligro o es la hora de comer.

—Son muy graciosos los cochinitos y Choncha muy buena y cariñosa con ellos — dice Ricardo.

—Choncha me conoce y no tiene miedo cuando cojo un cochinito para jugar—explica Ricardo.—Ella sabe que yo no les hago daño;

pero no tiene confianza en Jaime, el encargado de los puercos.

—¿Por qué desconfía de Jaime?

—Porque cuando Jaime se lleva un cochinito, no le ve más.

—¿Qué hace Jaime con los cochinitos?

—Unas veces los vende y otras los coge sólo para mortificar a Choncha.

—¿Para qué quieren en la finca los cochinos?

—Para aprovechar la manteca y la carne.

—¿Los matan cuando están grandes y gordos?

—Sí, cuando hace falta manteca o carne. La manteca de puerco da muy buen gusto a las comidas y la carne es muy sabrosa.

—¿Entonces, los engordan para que den bastante manteca?

—Claro, mientras más gorditos, más manteca dan.

—¿Qué comidas les dan para que se pongan gorditos?

—Todas las que sobran de la mesa y palmiche, boniatos, maíz y muchas más.

—¿Qué está haciendo Choncha?

—Está buscando algo que comer. Siempre tiene hambre. Mira como escarba con el hocico en la tierra; pero no encontrará mucho que comer, porque el chiquero está muy limpio y la tierra es dura.

—Pero los chiqueros no son como éste—dice Fernando.

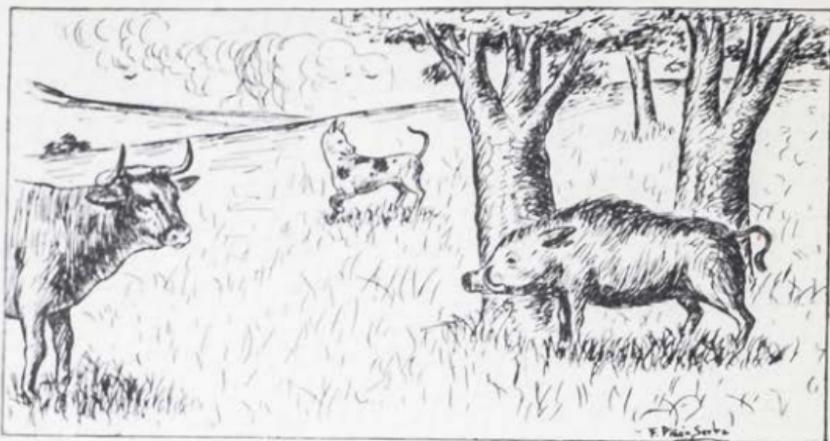
—Eso crees tú, pero este es un chiquero moderno. Hay muchas personas que piensan que si el chiquero no tiene fango y está muy sucio, no lo es; pero están en grave error. A los cerdos les gusta vivir en lugares limpios y, además, así se crían más sanos y fuertes.

—Ahora comprendo. Pasa igual que con los muchachos que viven en malas habitaciones y que siempre están sucios. Son niños enfermos.

—Desde luego. Si acostumbras a un cochino a vivir en el fango, como no le queda más remedio, vive en él.

—Bueno, Ricardo, me voy, que ya es un poco tarde. Hasta mañana.

—Adiós, Fernando.



Lección LXXIV

EL JABALI Y EL TORO

(Fábula)

Arreglo de Esopo.

Afilaba un jabalí sus colmillos en el tronco de un árbol y, viéndolo un toro, le preguntó por qué causa aguzaba los dientes, no habiendo necesidad alguna.

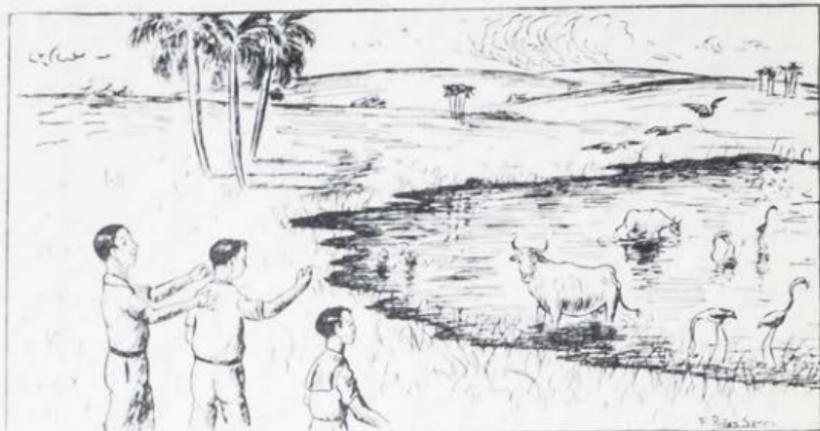
Lo hago—contestó el jabalí—porque teniendo mis armas preparadas, puedo defenderme siempre que me convenga, y de otro modo no podría hacer frente a los peligros.

Entonces se oyó un penetrante ladrido y a poco asomó entre la espesura un perro, que se detuvo al verlos.

El jabalí abrió su boca y mostró al perro los poderosos colmillos que la adornaban y el perro, asustado, echó a correr.

Entonces el jabalí dijo al toro:

Mira si me ha servido tener mis armas preparadas.



Lección LXXV

LA LAGUNA

¡Qué contentos están los niños! ¡Ya han llegado las vacaciones de pascuas!

—¡Cuánto nos vamos a divertir en estos días!—exclama Eloy.

—Hoy, por lo pronto, iremos a la laguna, Eloy. Prepara tu merienda que ya vamos a salir.

Al poco rato caminaban por un trillo del bosque.

—Ya estamos en el río—dice Antonio, el hermanito de Luis.

—¿Cómo el río?—pregunta Fernando—¿No ves, Antonio, que el agua está depositada en una hondonada del terreno y que apenas si tiene movimiento? Eso es una laguna.

—¡Qué poca agua tiene la laguna!—exclama Antonio.—Mira por donde le llega el agua a las vacas que están dentro de la laguna. Apenas si les cubre las patas.

—¿Cómo se llaman esos otros animales que están en la laguna?—pregunta Luis.

—¿Cuáles? ¿Los que están dentro del agua? Esos son pececitos y por ellos vienen muchos niños a la laguna a pescar.

—Y esos que vuelan, ¿cómo se llaman?

—Esos son los patos de la laguna y aquellos otros rosados, de patas largas y pico encorvado, son los flamencos. También hay garzas en la laguna, pero creo que se han ido por nuestra presencia aquí.

—¿Tiene arena el fondo de la laguna?

—No, en el fondo de la laguna hay mucho fango. A veces las lagunas se secan y forman una capa fangosa muy peligrosa en el terreno. Son las llamadas tembladeras. El que pise o

camine sobre esas tembladeras, puede decirse que si no recibe auxilio pronto, parece aprisionado entre el fango.

—Me gusta mucho la laguna. ¿Podemos bañarnos en ella?

—Hoy no, porque ya es un poco tarde y si nos demoramos mucho, papá y mamá se impacientarán ante el temor de que nos haya pasado algo.



Lección LXXVI

EL GALLINERO

—Adela, vamos a echar maíz a las gallinas.

—Sí, es un trabajo muy agradable—responde Adela.

—Reparte tú el maíz, mientras yo voy a ver los nidos—dice Luisa.

—¡Pi, pipipí! ¡Pi, pipipí!—grita Adela.

Las gallinas corren a buscar su comida y alegres picotean el maíz que les echa la niña.

—¡Adela! ¡Adela!—llama Luisa.

—¿Qué quieres, Luisa?—responde Adela.

—La gallina “jabada” sacó. Tiene doce pollitos. ¡Ven a verlos!

—Ya voy, espera que termine de echar el maíz.

—¡Qué bonitos son los pollitos!

—Fíjate como hacen, Luisa.

—Sí, hacen ¡pío, pío, pío, pío! llamando a su mamá.

—Mira, Adela, allí viene Apolo.

—¡Qué gallo tan lindo es Apolo!

—¡Quiquiriquí! ¡quiquiriquí! — canta Apolo saludando a las niñas.

Adela y Luisa revisan las gallinas, miran los nidos y cuentan los pollitos.

—Vámonos, Adela—dice Luisa.

—Sí, Luisa, que mamá nos espera.

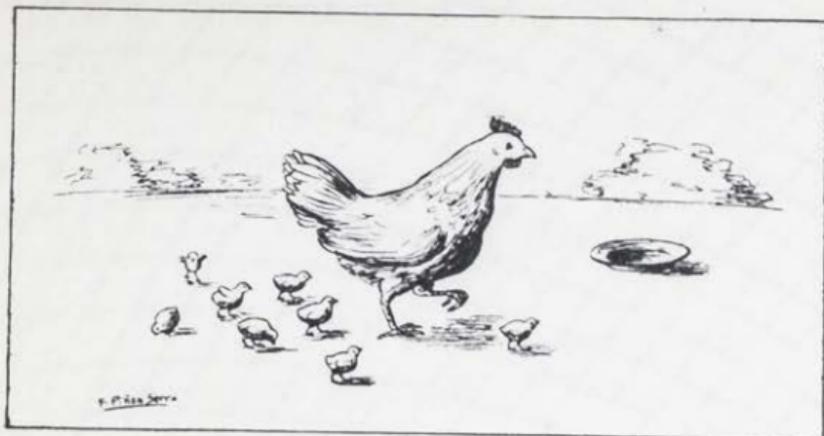
—Mamá, ya regresamos de echar maíz a las gallinas. La jabada tiene doce pollitos muy lindos.

—¿Recogieron los huevos de las otras gallinas?

—No, mamá, tú no lo dijiste. Enseguida iremos.

Las niñas vuelven al gallinero con una cesta y la traen llena de huevos.

—Aquí tienes los huevos, mamá, recogimos quince.



Lección LXXVII

LOS POLLITOS

Pío, pío, pío
¡cuántos pollos hay!
y tras la gallina
¡qué contentos van!
Saltando graciosos
quieren imitar
cuantos movimientos
hace ella al andar.
Pío, pío, pío,
no lo lograrán,
que son muy chiquitos
para empeño tal.

Dulce Ma. Borrero.



Lección LXXVIII

LA FIESTA DEL ARBOL

—Cuéntame, Pepe, lo que hicieron hoy en la escuela—le pregunta el papá.

—Empezaré por decirte, papá, que hoy, a pesar de ser sábado, fuimos a la escuela para celebrar la “Fiesta del Arbol”. El maestro nos reunió en el patio y habló sobre la gran utilidad que prestan los árboles.

¿Es mucha la utilidad que prestan los árboles?

—El maestro así lo dijo.

—Explicame la utilidad que prestan los árboles.

—Los árboles nos dan maderas y frutas.

—¿Para qué sirven las maderas de los árboles?

—Mira, yo no recuerdo; pero... sí, para fabricar casas, para hacer barcos, cuadros, muebles y muchas cosas más. También algunas hojas de árboles son medicinales, y además se siembran en las orillas de las carreteras y caminos, para que den sombra a las personas y animales.

—¿Qué más hicieron en la escuela?

—El maestro siguió hablando sobre los pajaritos, y dijo que teníamos el deber de cuidarlos con cariño, como a los árboles, y no ocasionarles daños maltratándolos. Nos refirió una historia sobre un niño que cogió un nido de pajaritos. Cuando el maestro terminó de hablar, un niño recitó una poesía muy bonita sobre los pajaritos y enseguida cantamos el himno al árbol, plantando varios niños unos arbolitos, mientras una niña daba la libertad a dos pajaritos que tenían en una jaula.

—¿Te gustó la fiesta, Pepe?

—Me gustó muchísimo, papá.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—¿No te pones bravo si te lo digo?

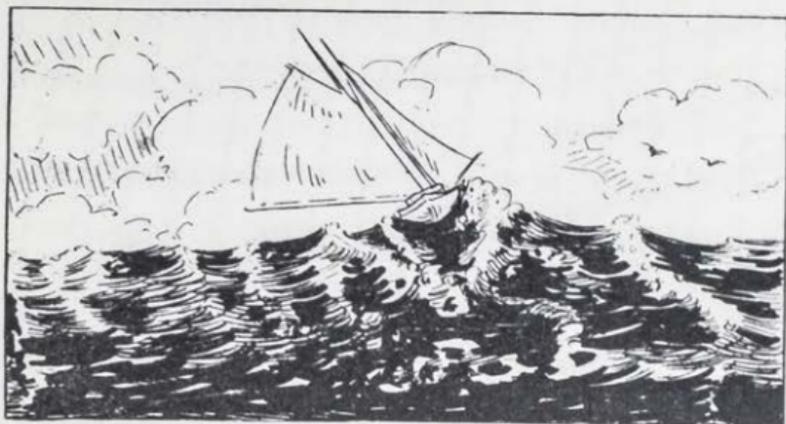
—¿Por qué he de ponerme bravo contigo?

—¡Bueno, pues si tú me das permiso, iré al patio para celebrar yo solo la fiesta del árbol; ¿me dejas?

—Sí, haz lo que quieras.

Pepe fué al patio. Tomó la jaula en sus manos, la abrió despacito y, cogiendo uno a uno los seis tomeguines que había en ella, los fué soltando. Después regó las flores.

El papá y la mamá que lo estaban mirando, lo llamaron y le dieron muchos besos.



Lección LXXIX

LAS ESPONJAS

—Mira, Ricardo, esos son marineros dedicados a la pesca de esponjas.

—¿Es bonita y fácil la pesca de esponjas, Pepe?

—No lo creas. El esponjero pasa muchos trabajos para conseguir la esponja. Se pasa todo el día apoyado sobre la banda de la chalana mirando el fondo del mar y a pleno sol.

—¿Tardan mucho en pescar las esponjas?

—Depende de la suerte. A veces encuentran lo que llaman una “mancha” o “banco”, y si es

grande, en pocos días hacen la “marea”, es decir, pescan la cantidad necesaria; pero otras veces están quince, veinte o más días en el mar.

—¿Ganarán mucho dinero con la esponja?

—No, los que menos ganan son los marineros.

—¿Vale mucho una esponja?

—Algunas veces una docena de esponjas vale mucho. Papá dice que ha visto pagar por una docena de buenas esponjas sesenta y más pesos.

—Dime, Pepe, ¿qué cosa es una esponja?

—Es un animalito; pero no la esponja que conoces, esa es el esqueleto.

—¿Todas las esponjas son iguales?

—No, hay dos clases principales. Unas que llaman “machos” de paño o tejido grueso y de escaso valor, y las “hembras”, de paño fino, que son más caras.

—¿Los marineros venden las esponjas conforme las pescan?

—Los marineros lo único que hacen después de pescarlas es lavarlas para venderlas en el mercado. Una vez compradas por los dueños

de las esponjerías, son llevadas a éstas y allí unos obreros, llamados "recortadores", les quitan las partes malas con unas tijeras especiales, y les dan el tamaño necesario.

Después "el prensador" las empaca en una prensa y quedan dispuestas para la venta, que generalmente se hace al extranjero.

—¿Los machos no se venden?

—También se venden, pero ya te dije que tienen muy poco valor, al igual que los recortes o sobrantes que quedan de las esponjas. Las esponjas sirven para muchos usos, especialmente para el baño.

—Me gustaría ver la pesca de esponjas.

—Pronto haremos una excursión. Yo te avisaré.



Lección LXXX

LA CIUDAD

—Hoy vamos de paseo a la ciudad. El maestro nos llevará a los lugares más bonitos.

—Me gusta mucho la ciudad—dice Carlos.— En ella hay parques, cines y otras diversiones.

—También a mí. Me encantan los cines y, si papá me dejara, iría todas las tardes—agrega Luis.

—¡Qué cómodo se va en estos ómnibus! — exclama Carlos.

—Llegamos al parque principal—dice el maestro.—Esa es la estatua de Martí.

—¡Qué bonita es la estatua del Apóstol!

Contemplamos los grandes y bellos edificios que rodean el parque y luego los ómnibus nos llevan por la orilla del mar, hasta otro parque muy bonito.

—Esa es la estatua del general Antonio Maceo—dice el maestro.

Del parque de Maceo vamos a la Plaza de la Fraternidad y admiramos la dorada cúpula del Capitolio.

—¡Qué hermoso es el Capitolio!—exclama Fernando.

—En ese edificio blanco se hacen las leyes—dice el maestro.

De la Plaza de la Fraternidad nos dirigimos por la calle de Paula a conocer la sencilla casa donde nació José Martí.

Continuamos el recorrido hasta los muelles, fijándonos en el contraste que hay entre la parte nueva y la antigua de la ciudad.

En los muelles, el maestro nos enseña la Aduana, Casa Blanca y Regla y hacia la entrada del puerto, La Cabaña, que está sobre una loma, y el Morro.

Al regreso continuamos contemplando las maravillas de la ciudad.



Lección LXXXI

LA JICOTEA Y EL AURA

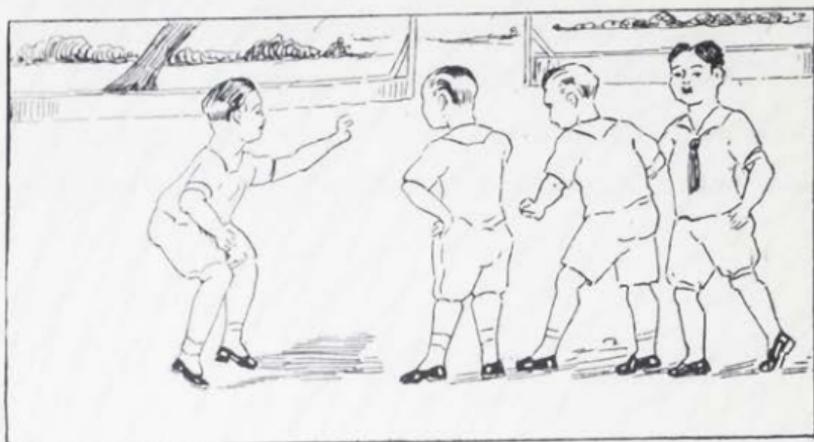
(Fábula)

Arreglo de Esopo.

Disgustada una jicotea de caminar siempre por la tierra, le suplicó un día a su amiga el aura que la levantase por el aire, lo más alto posible.

La complaciente aura la cogió con sus garras y la subió hasta las nubes. Entonces la jicotea exclamó: ¡Cuánta envidia me tendrán ahora los animales que me ven tan superior a ellos!

Al oír estas palabras, no pudo sufrir el aura tanta vanidad y, soltando a la jicotea desde semejante altura, cayó el vanidoso animal sobre unas piedras haciéndose mil pedazos.



Lección LXXXII

LOS OFICIOS

—¿Dónde trabaja tu papá, Carlos?—pregunta Ricardo.

—Mi papá trabaja en una oficina y escribe muy aprisa en la máquina. Cuando está escribiendo, sólo se oye el ¡tiquitiqui! de las teclas.

—Y el tuyo ¿qué hace, Leopoldo?

—Mi papá trabaja en una carpintería, donde hace muebles muy bonitos. Ahora está haciendo un juego de comedor.

—El mío es mecánico y arregla los automóviles cuando se descomponen—dice Ricardo.

—Pues mi papá es electricista; pero a mamá no le gusta ese oficio porque es muy peligroso. Siempre tiene que estar subido en altas escaleras y trabajar con la electricidad, que puede matarlo—agrega Fernando.

—Entonces tampoco podría ser albañil. Ese sí que es un oficio peligroso, teniendo que trabajar muchas veces amarrados porque lo hacen a tanta altura que les da mareos y se caen.

—Igual le sucede a los que se dedican a pintar las casas. Yo no tendría valor para pintar la fachada de un quinto piso—dice Reinaldo.

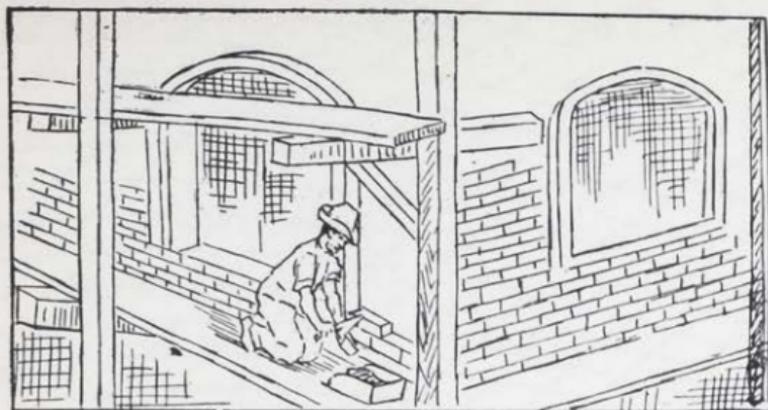
—Otro oficio peligroso es conducir los automóviles por las calles y carreteras. El que maneja tiene que atender muchas cosas a la vez: ahora una persona que descuidada cruza la calle, después un automóvil cuyo conductor no sabe manejar, que son los más peligrosos; allí ha de atender la indicación del policía, más allá evitar el atropello de un niño que corre por la calle y, por último, estar siempre atento al funcionamiento del automóvil—explica Luis.

—Cuando yo sea grande voy a aprender a carpintero para hacerme una mesa de estudio

muy grande, y poner en ella mis libros y papeles—dice Leopoldo.

—Pues yo aprenderé a manejar. ¡Me gusta tanto el automóvil!—agrega Luis.

—Todo está muy bien; pero primero hay que estudiar mucho en la escuela, para aprender bastante y saber—interrumpe el maestro.

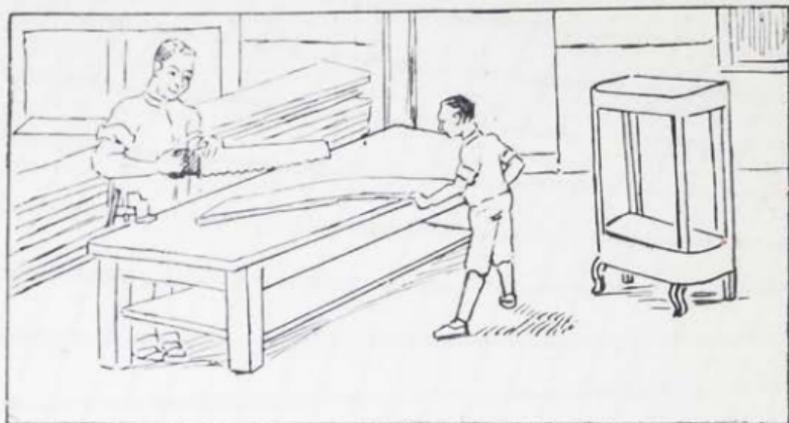


Lección LXXXIII

EL ALBAÑIL

Con piedras, cal y cemento
está haciendo el albañil
los muros para la casa
donde vamos a vivir.
Cuando todos una altura
hayan alcanzado al fin,
pondrá el techo de anchas losas
sobre vigas de jiquí.
Echará el suelo, y las rejas
que abrirán sobre el jardín;
y cuando nos dé hogar cómodo
se irá alegre el albañil.

Dulce Ma. Borrero.



Lección LXXXIV

EL TALLER

El maestro necesita una vitrina para el museo de la escuela.

El papá de Manuel la está haciendo en su taller de carpintería y vamos a verla.

Manuel está ayudando a su papá en el trabajo.

—¿Qué herramienta está usando el carpintero, Carlos?—pregunta Armando.

—Está usando un serrucho—contesta Carlos.

—¿Cómo se llama la herramienta ésa?—vuelve a preguntar Armando.

—¿Ésa? Ésa es un martillo—dice Carlos.

No, Carlos, la otra. La que está un poco más allá.

—Ésa es la trinchita. ¡No! ¡No la toques! Tiene mucho filo y te puedes cortar, Armando—interviene Manuel.

—Esta otra—continúa Manuel— es el cepillo.

—¿Para qué sirve el cepillo?—pregunta Pepe.

—Para alisar las caras de la madera—contesta el maestro.

El maestro está muy contento. El papá de Manuel le dijo que mañana le enviaría la vitrina.

—Señor, ¿qué piensa hacer usted con la vitrina?

—Pues llenarla con los animales embalsamados y los objetos que utilizamos en las clases de Dibujo.

—¿Quién será el encargado de cuidar la vitrina?

—El que mejor haga mañana los trabajos será el encargado de cuidar y conservar el museo.

—Mañana haré mis trabajos con mucho cuidado, para que el señor me nombre el encargado de cuidar el museo—dice Eloy.



Lección LXXXV

EL PREMIO A LOS NIÑOS APLICADOS

—Levántate, Ricardo. Mira lo que he encontrado junto a mi cama.

—Déjame dormir, Eloy, no me molestes.

—Despiértate, Ricardo. Mira que par de patines he encontrado.

—¡Es verdad! ¡Qué buenos están los patines! ¿Quién te los regaló?

—No sé, ya te dije que los encontré junto a la cama. Esta mañana, cuando fui a buscar mis zapatos, los ví.

—¡Qué raro es eso! Voy a mirar yo también.

—Sí, mira, con ello no pierdes nada.

—Mira, Eloy, ¡una carriola roja!

—¡Qué linda carriola!

—Pero, ¡qué extraño está todo esto! Vamos a mirar debajo de las camas de nuestros hermanos.

—Sí, vístete pronto, que tengo ganas de aclarar este misterio.

Ricardo y Eloy van hasta las camas de sus hermanos y, después de mirar, los llaman a gritos.

—¡Luisa! ¡Pepe! ¡Silvia! ¡María! ¡Levántense pronto! Miren los juguetes que aparecieron debajo de nuestras camas.

—¡Qué juguetes ni santos juguetes! Váyanse a molestar a otra parte—contesta Silvia.

—Préstame la carriola Ricardo. Yo la quiero montar—dice María.

—Primero mira debajo de la cama.

—¡Una caja grande! ¿Qué será? Un juego de cuarto, otro de comedor y un jueguito de sala con su espejo y todo—exclama María.

Una muñeca vestida de azul. ¡Qué hermosa es mi muñeca! Oyela, Pepe, dice papá y mamá y tiene su cochecito—dice Luisa.

—A mí me trajeron un velocípedo. ¡Cómo voy a correr por la casa!—grita Pepe.

—¿Pero es verdad eso de los juguetes? ¿No es broma de ustedes?—dice Silvia abriendo los ojos y mirando asombrada los juguetes que tienen sus hermanos. ¿Y a mí no me dejaron nada?

—Mira primero y después habla, Silvia — dice María.

—Sí, aquí está. Es una cocina con cacerolas, cazuelas, jarros; y la vajilla de loza y cristal. ¡Qué bonitos están estos juguetes!

—Lo que es muy raro es esto de tantos juguetes — vuelve a decir Ricardo.

—Sí, es muy extraño. Ni que fuera el día de Reyes—agrega Luisa.

—Vamos a preguntarle a papá. El debe saberlo.

Los niños salen con sus juguetes y a medio vestir, hasta el comedor, donde se encuentran sentados los papás.

—¡Papá! ¡Mamá! ¿Quién nos trajo tantos juguetes? ¿Por qué?

—Ha sido vuestro papá, hijos míos. El les dirá el porqué—contesta la madre.

—Les he regalado esos juguetes porque ayer me encontré con el maestro y me dijo que ustedes pasarían de grado, que eran muy aplicados y obedientes. Se lo conté a vuestra madre y entonces acordamos hacerles esos regalos, como premio a la buena labor y a las excelentes notas que obtuvieron en los exámenes.

—¡Qué buenos son nuestros papás!—gritan todos y se echan sobre ellos dándoles muchos, muchísimos besos y recibéndolos también.



Lección LXXXVI
EL MUCHACHO Y EL MANZANO

(Fábula)

A un manzano podaba un hortelano
y un muchacho, con íntimas querellas,
—¿Por qué—decía a gritos—inhumano,
vas del tronco a quitar ramas tan bellas?
—Córtalas, podador—dijo el manzano—
que se me quiere encaramar por ellas.

Ramón de Campoamor.

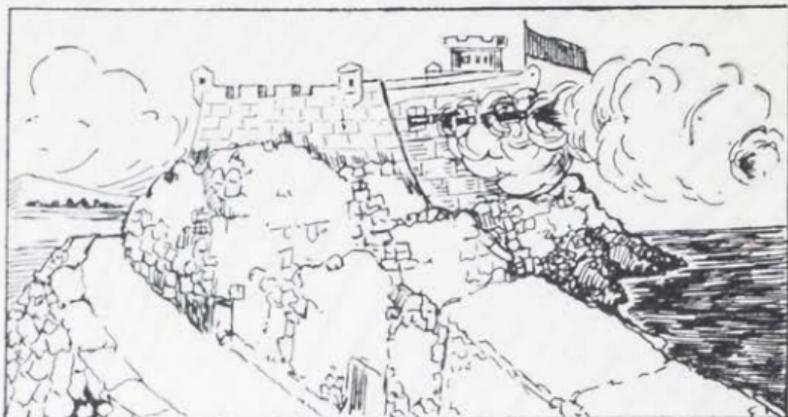


Lección LXXXVII

A MI BANDERA

Cuando amarte era un delito,
yo te amé con frenesí;
cuando de lidiar por tí
Carlos Manuel lanzó el “Grito”,
te levanté a lo infinito
en la lucha prodigiosa.
Tú eres mi visión radiosa,
y nada importa que muera
porque una mancha siquiera
no te empañe ¡oh victoriosa!

Aurelia Castillo de González.



Lección LXXXVIII

EL 20 DE MAYO

—¡Qué contenta estoy! ¡Qué alegre me pone el ruido de los cañonazos!

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¿Por qué dispararán esos cañonazos, Luisa?—pregunta Nydia.

—Porque hoy es un día de fiesta nacional. Hoy es el cumpleaños de la patria. ¿No te pones muy contenta el día de tu cumpleaños, Nydia?

—Sí, Luisa, y cuando es el tuyo, y el de papá y mamá y el de nuestros hermanitos.

—Pues bien, Nydia, hoy, como es el cumple-

años de la Patria, que es la mamá de todos, estamos de fiesta, celebrando llenos de alegría, el nacimiento de la Patria. ¿Te has asomado a la ventana?

—Todavía no, me levanté hace poco rato.

—Pues asómate, asómate y verás las casas engalanadas con banderas cubanas y las gentes por las calles con las caras risueñas y alegres.

—¿Cuándo nació la patria, Luisa?

—Nació el 20 de mayo de 1902. Ese día subió al poder el primer presidente que tuvo Cuba libre, Don Tomás Estrada Palma.

—¿Y por eso tantas fiestas?

—¿Te parece poco? El 20 de mayo de 1902 cesó la intervención de una nación amiga, señaló el fin de la dominación española en nuestra Isla. Fué el premio a los sacrificios que duraron casi un siglo.

—¿Estarían muy contentos los cubanos el 20 de Mayo de 1902?

—Yo no lo ví, Nydia; pero papá dice que ha sido el día más grande que ha tenido Cuba.

Todos los cubanos abandonaron sus casas,

ebrios de alegría, para recibir y compartir en la calle la felicidad que lo inundaba todo. Todo era júbilo, risas, abrazos y alegría. El blanco abrazaba al negro, éste al español y el español al cubano. Unos reían satisfechos, otros lloraban de felicidad. Todos los pueblos, desde Oriente a Occidente estaban de fiesta.

Durante esas fiestas que duraron varios días no cesaron los ¡sssch-pum! de los voladores, los ¡pum! ¡pum! ¡pum! de los cañonazos el ¡ra-ta-plán! de los tambores y los ruidos de mil latas y cornetas.

Todo era gritos, risas y cantos.

—Entonces, Luisa. ¡Qué viva Cuba libre!—
grita Nydia.

—¡Qué viva, y que lo sea por toda la vida!—
exclama Luisa.



Lección LXXXIX

UN CUBANITO VALIENTE

Primera Parte

—Estamos acorralados, General. Los españoles nos rodean con tropas numerosas y mañana no tendremos más esperanza que morir combatiendo por Cuba.

—No lo creo, Capitán. La buena suerte ha acompañado siempre a los cubanos y una vez más estará con nosotros. Sigamos por ese trillo y verá como nos escapamos.

El corneta de órdenes dió el toque preciso y la pequeña tropa cubana siguió un sendero apenas marcado en la hierba. Delante

iban el General García y el Capitán González, observando atentos a los menores detalles del paisaje. Horas antes se habían separado de las fuerzas de Maceo y ahora estaban perdidos en los alrededores de una loma cubierta de espesa vegetación.

—Creo, General, que debíamos mandar dos exploradores de avanzada.

—Bien, destáquelos y déle las órdenes precisas.

Al poco rato, los dos mambises regresaban con la noticia de que cerca había un bohío de cubanos. Llegaron a él y hallaron en la puerta una mujer pobremente vestida, que miraba anhelante al grupo de cubanos.

A su alrededor se agrupaban tres muchachos, el mayor de los cuales saludó a la bandera gritando:

¡Viva Cuba libre!

—Señora, llegamos en busca de auxilio. Estamos perdidos y los españoles están a nuestras espaldas.

—¿Qué puedo hacer yo, señor? Estoy sola, mi marido fué a pelear con Máximo Gómez por

la libertad de Cuba, y yo quedé para cuidar los hijos.

—Yo sé un camino para escapar, señor — gritó el hijo mayor, simpático muchachón de unos doce años.

—¡Cállate, Chacho! ¿Cómo vas a saber más que ese señor?

—Déjelo, señora, que los patriotas empiezan desde pequeños. Dime, Chacho, ¿conoces un lugar llamado Ojo de Agua?

—Sí, ¿cómo no voy a conocerlo si papá me llevaba todos los meses! ¡Está a tres horas de camino!

—¿Tan cerca? ¡Tú estás equivocado!

—¡No, señor! Conozco un trillo que rodea la loma, corta el bosque y sale al río. Luego es cuestión de media hora. Ustedes vinieron por la sabana y dieron vueltas.

—¡General, el centinela avisa la presencia de una columna enemiga!

—¡Muchacho, monta a caballo y lleva este papel al General Maceo en Ojo de Agua! ¡En seguida, y guíalos hasta aquí lo más pronto posible!

—¡A la orden, Capitán! ¡Mamá, un beso y...
¡Viva Cuba!

Corrió Chacho al bosque cercano y de un salto montó en un pequeño y ligero caballo que pacía junto al lindero y partió como una flecha agitando las manos en señal de despedida.

Segunda Parte

—¿Hay algún sitio cercano para hacer frente a los españoles?

—En lo alto de esa loma hay un lugar que puede servir.

—Vamos allá y venga Vd., señora, porque si nó, la matarán.

Pronto estuvieron los cubanos parapetados y los españoles aparecieron en el claro del bosque.

—¿Dónde estarán los insurrectos?—preguntó el comandante que guiaba la columna.

—¡Mírelos allá, en lo alto de la loma!

—¡Fuego contra ellos! Menéndez vaya a buscar las otras fuerzas y regrese pronto con ellas.

Lentamente transcurría el tiempo y los dis-

paros se sucedían llevando la muerte a uno y otro lado. El número de los españoles aumentaba y la situación de los cubanos se hacía crítica.

—¿Cuándo volverá su hijo, señora?—interrogó el General García.

—Pronto, General, porque faltan veinte minutos para las dos de la tarde y él salió a las ocho de la mañana.

—La situación se hace insostenible. En fin, esperemos.

—¡General, los españoles suben por la parte opuesta de la loma!

—¡Pronto, cincuenta hombres a hacerles frente! Esto se acaba.

El tiroteo se hacía más intenso y era imposible asomar la cabeza para disparar.

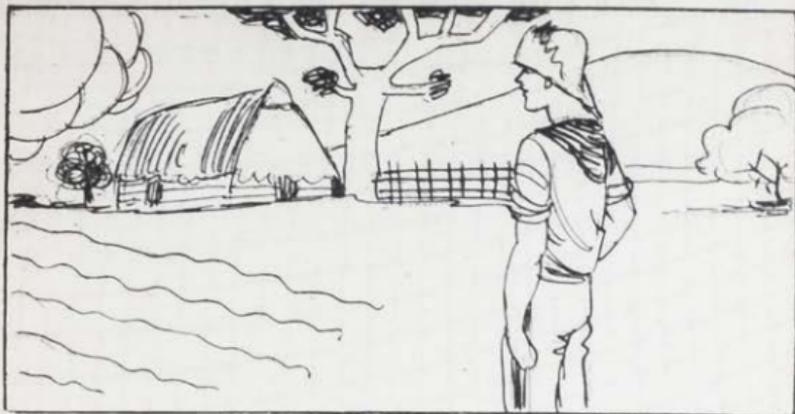
De repente, en la lejanía, se escuchó el toque vibrante del clarín que ordenaba: ¡Carga al machete! y, ante el estupor de los españoles, un ciclón desembocó en el claro del bosque derribando cuanto a su paso se oponía. ¡Eran los valientes mambises, que venían a salvar a sus compañeros en peligro!

Junto al jefe cabalgaba el intrépido Chacho con un machete en la mano y gritando como un desesperado.

—¡Aquí, General, ya llegamos! ¡Arriba, mírelos allí!

Los españoles, sorprendidos por la rapidez y violencia del ataque, no resistieron y a los pocos instantes Chacho caía en brazos de su madre, mientras los mambises gritaban:

—¡Viva el cubanita valiente!



Lección XC

LAS VACACIONES

—Ricardo, hoy es el último día de clases. ¿Dónde pasarás las vacaciones?—dice Eloy.

—Pasaré las vacaciones en el campo, Eloy, si paso al tercer grado, cosa que ya logré en los exámenes. Hoy el maestro dará las notas.

—Pues yo iré a la playa como premio a las buenas notas que he obtenido en algunas asignaturas y por pasar también al siguiente grado.

—¿Y tú, Reinaldo, que harás en las vacaciones?—pregunta Ricardo.

—Papá me colocará de aprendiz en un taller de carpintería para que vaya aprendiendo el

oficio. Por las noches, si puedo, iré al cine y si no, las pasaré repasando lo aprendido durante el curso.

—Yo me quedaré en la ciudad, porque no tengo adonde ir; papá no puede dejar el trabajo y este año no le dan vacaciones; pero me divertiré de lo lindo. Jugaré a la pelota, correré, iré al cine y haré todo lo que pueda, aprovechando que no hay que asistir a la escuela, que el día entero es mío—dice Luis.

—Yo te acompañaré en tus juegos y paseos, Luis. Yo también me tengo que quedar en la ciudad—agrega Leopoldo.

—¡Bien, bien! ¿Conque ninguno, excepto Reinaldo, piensa estudiar y repasar lo aprendido?—interroga el maestro que ha escuchado desde su mesa la conversación.

—¡Yo! ¡Yo!—responden todos a coro.

—Yo estudiaré todos los días—dice Fernando.

—Las vacaciones son para descansar y jugar, es verdad; pero es conveniente dedicar todos los días una o dos horas a repasar lo que se ha estudiado durante el curso, porque muchas cositas se olvidan y después, en septiembre...

—Sí, sí, estudiaremos todos los días, señor—
responden.

—Bueno, ahora, conforme los vaya llamando, vengan a la mesa a recoger sus trabajos del curso y la calificación total.

El maestro llama uno a uno todos los alumnos y les reparte los cuadernos y calificaciones, celebrándose después el último acto cívico del año. Todos han pasado de grado.

—¡Qué bien enseña el maestro y qué aplicados son todos los niños!



